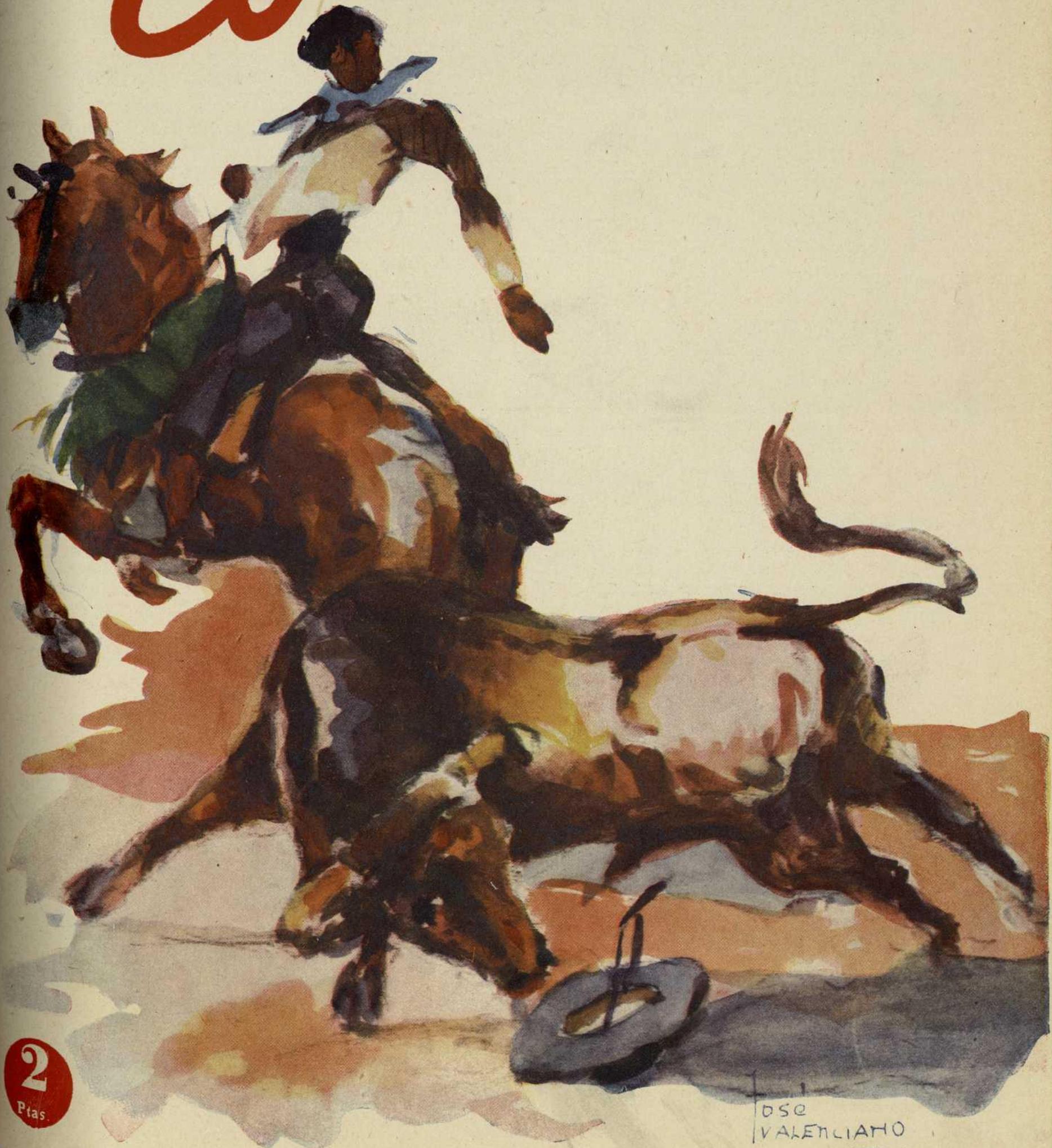


El Ruedo



2
Pias.

JOSE
VALENCIANO

1916.



Tienda de becerras



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 16 de mayo de 1946 - N.º 99



EN las cercanías de Guillena —un bello y blanco pueblo sevillano entre olivares y trigo— se extiende la finca «El Esparragal», de don Ignacio José Vázquez. En ella pastan toros famosos, y la finca responde a un temperamento de exigente y depurado gusto.

En esta finca, don Ignacio José Vázquez ha reunido a sus amigos para una fiesta de tienta, que tenía el atractivo singular e inédito de un curioso mano a mano, a caballo, de Conchita Cintrón y la duquesa de Montoro, y a la que prestaban su asistencia Joaquín Muruve, Luis Fuentes Bejarano, y al que concurrían Eduardo Jiménez Carles, coronel de Infantería y hombre de gracia; don Antonio Miura, la duquesa de Albuquerque y muchas personalidades ilustres.

Así, Conchita Cintrón, como la duquesa de Montoro, rejonearon a unas becerras bravas, codiciosas y de fuerza, y fueron extraordinariamente ovacionadas.

Nota garbosa, de aspecto muy español, que puso en el albero de la placita, recientemente inaugurada, frente a los anchos sembrados del cortijo, una pincelada alegre en esta primavera sevillana, de tonos grises de lluvia como hace años no se conocía.

En la fotografía, de Arenas, Conchita Cintrón y la duquesa de Montoro corresponden a los aplausos de la distinguida concurrencia.

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



HACE dos temporadas, con la fiesta nacional en todo su apogeo, el negocio taurino llegó a ser casi fabuloso. Cualquier Plaza de España conseguía llenarse hasta los topes con cualquier cartel. Y así, los ganaderos vendían sus productos a precios tan considerables (aunque comparados con los de hoy resulten ridículos), que obtenían beneficios del 50 por 100 en adelante. Los toreros apretaron aún más la veloz carrera del alza de sus honorarios. Y los empresarios, a gusto en el machito, no ponían tope a ninguna ambición, y para nada se les ocurrió pensar que podrían venir tiempos peores.

Esos tiempos peores ya se manifestaron con síntomas alarmantes en la temporada anterior y han hecho presencia completa en la actual temporada.

Aunque una y otra vez me ocupé del tema, tan sobado y resobado que resulta inaguantable, he de volver hoy sobre él, sin esperanzas, claro, de obtener un resultado positivo; pero con la satisfacción, al menos, de que los aficionados tengan conocimiento de algunas cosas.

El negocio de los toros no sólo está en quiebra para los empresarios, sino que lo está para ganaderos y diestros, e incluso para el Tesoro público, que lo grava considerablemente.

Como cualquiera habrá podido observar, hasta la fecha se han celebrado muchos menos espectáculos que en el año anterior se celebraron en el mismo periodo de tiempo, sin que haya ocurrido esto solamente por las suspensiones provocadas por el tiempo, sino porque es mucho menor el número de las anunciadas. A estas alturas del año pasado teníamos listas de carteles para los meses de junio, julio y hasta agosto, mientras en éste apenas disfrutamos de algunos anticipos del mes de junio.

Mal negocio para los ganaderos en general, que habrán de quedarse con más de la mitad de sus productos sin vender.

Mal negocio para los diestros, en la creencia equivocada de que pueden sostener los honorarios de la temporada anterior, y aun algunos de «los que no asan y ya pringan», que pretenden elevarlos. El resultado será que muchos de ellos apenas lograrán vestirse de luces, con merma de sus ingresos, de sus facultades y del número de éxitos posibles, autopostergándose a más bajos lugares del escalafón taurino.

Mal negocio para quienes cobran impuestos, porque sus ingresos se verán reducidos forzosamente por menos espectáculos celebrados y por las escasas localidades que se venden.

Y de los empresarios, nada hay que decir, pues ellos son la cabeza de turco en esta calamitosa temporada.

Sólo en manos de los ganaderos está abrir la brecha de las facilidades. Es posible que, a pesar de lo que creemos, todavía les resulte negocio vender solamente la mitad de las reses preparadas para lidiarse este año, y en ese caso, no hay que contar con sus rebajas, ni menos aún con las de los toreros, que, al fin y al cabo, son los que exponen y juegan algo más que un negocio económico.

Tampoco hay que confiar en una rebaja de impuestos, y menos aún en el sacrificio de los empresarios, obligados a calcular sus beneficios con la Plaza llena, si han de sostener siquiera los precios actuales.

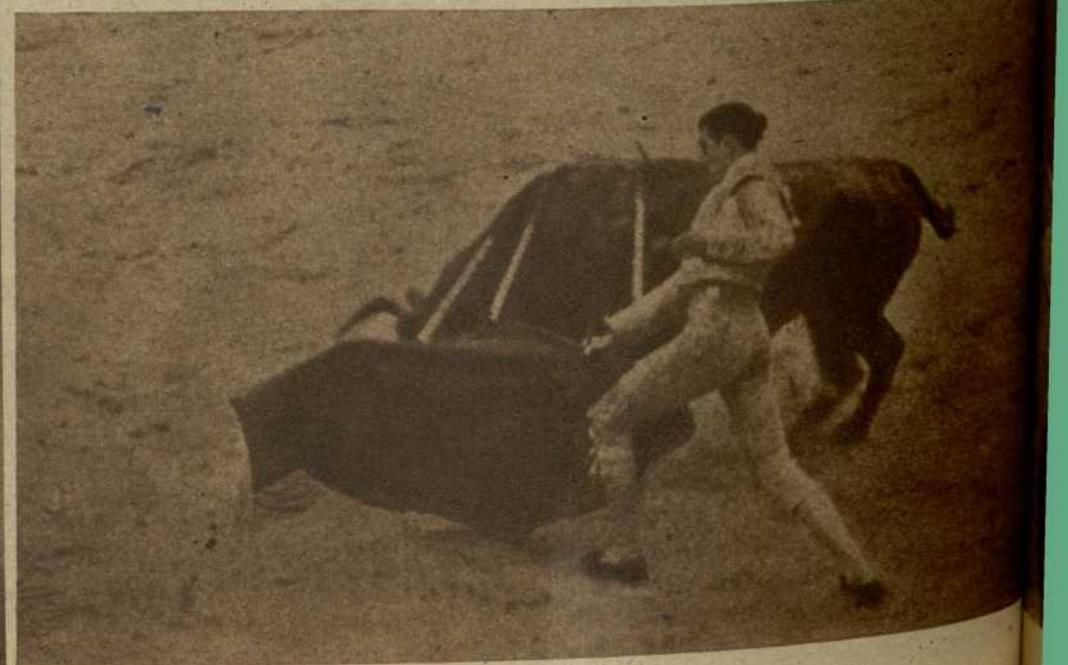
EL MIERCOLES, EN MADRID



Antes de comenzar la lidia dos calesas y una carroza desfilan por el ruedo. He aquí una de ellas.



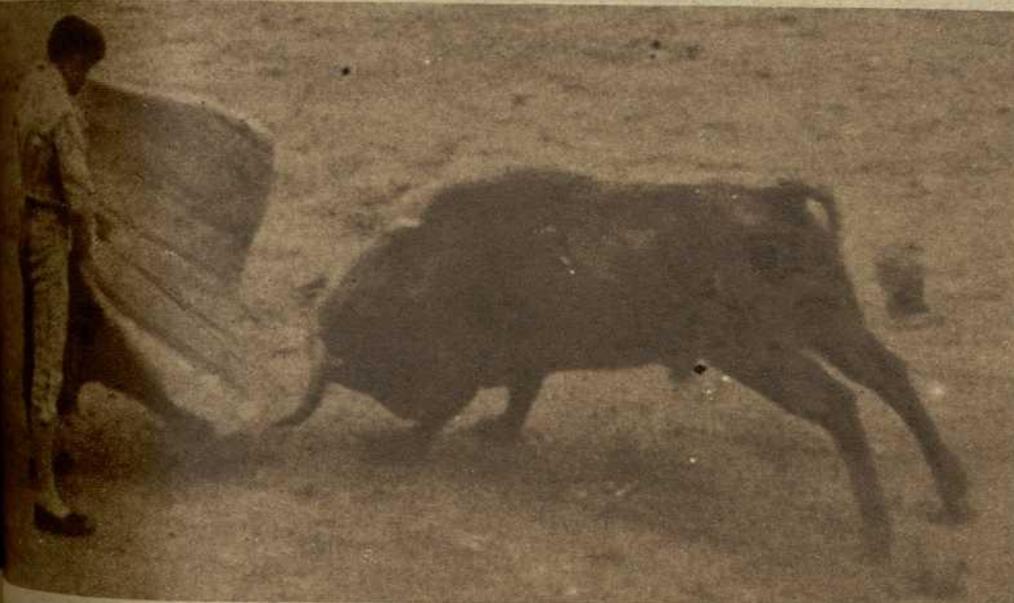
Fermin Rivera toreando de capa a su primero.—Abajo: Parrita sujeta de muleta a su segundo.



Toros de Domecq para Rivera, Andaluz y Parrita



Una buena vara de Parra en el segundo toro de Parrita (Fots. Manzano)



Andaluz en un lance a la verónica.—Abajo: Los tres matadores antes de hacer el paseillo



La semana en las Ventas

LA CORRIDA DE SAN ISIDRO

GRACIAS a la festividad de San Isidro puede hablarse esta semana, aunque sea por los pelos, de una corrida de toros en la Plaza de Madrid.

La corrida fué el trasplante de la que la lluvia del domingo dejó para esta ocasión, encapotada y ventosa, pero que, al fin, pudo contemplar un colmo discreto en los tendidos, cuando ya creíamos que el decorado natural de la Plaza de las Ventas respondía



siempre a la acotación de "Tendidos semivacios, Llueve copiosamente". Los comienzos del festejo tuvieron hasta la alegría del desfile de calesas, flanqueadas por toda la suerte de Martínchus, Costillares y Pepe-Hillos, y precedidas por unos jinetes vistosos y disciplinados.

La corrida, por lo demás, se mantuvo en el fiel que se para la discreción del aburrimiento. Comenzaron a salir los de Domecq, pequeños y blandos en general. Cumplían en varas, en el relativo cumplimiento de un par de puyazos—ayer se picó duro—, y pasaban a la muleta con plena insignificancia. Cuál gazapeaba, cuál tenía una arrancada topona, cuál quedaba—el segundo—como un corderillo dócil. El que abrió Plaza empujaba para dentro, fiel a la tradición de los veraguas. O sea, que ni fu ni fa.

Si tuviera que resumir la actuación de los espadas diría que el único que me ha gustado ha sido el Andaluz en un toro, en el quinto de la tarde. Me ha gustado sin estrépito, sin alharacas; pero me ha dejado una sensación un poco olvidada del diestro que se ajusta al toro y a sus condiciones.

El toro estaba distraído e incierto, y el trianero, sencillamente, sin más lucimiento que el que de la eficacia se deriva, lo metió en la muleta, lo dobló y lo encló para que la faena tuviera coherencia. Todo breve, para media estocada y un certero descabello. Ya tendría que variar el tono con que juzgaría al mismo diestro en el lucimiento que debió lograr en el segundo, suave e inocente. Que debió lograr y que no logró con redondez, para qué vamos a engañarnos, por intercalar mucho movimiento en sus buenas maneras toreras y por atravesar con el estoque.

Fernán Rivera quedó impresionado por una caída en la cara de su primer toro, y en toda la lidia restante estuvo flojo y tirando a abreviar de cualquier manera. Algún quite y poco más hasta la faena del cuarto, al que muleteó con valentía por alto y en redondo. Aguante y toreo de parón, con poco mando y sin fijeza en los terrenos. La valentía fué bastante para ganar aplausos y para equilibrar el resultado final.

Yo esperaba más de Parrita. Que tiene aguante, valor y modales toreros de patrón notorio, en los que se desenvuelve con holgura, ya era conocido. Lo que sí me decepcionó, y a buena parte del público también, siquiera no estemos conformes con su dureza, es que sus faenas, con buenos paseos aquí y allá, con una estupenda serie por alto, no tuviesen la trama que debe imponer el diestro y no dejarla a merced del toro.

En fiar demasiado en la ayuda del toro—que no ayudaron, y casi estoy por decir que me alegró—para la cohesión. Y así quedó la cosa, que parece que fué la tónica general de la corrida: sin cohesión. Yo, al menos, no la vi sino en el Andaluz, en la ocasión ya mezclada del quinto toro.

EL CACHETERO

Confío no haber defraudado del todo--opinó Rivera

Todavía no he cambiado mi onza con la afición madrileña--afirmó Andaluz

El ganado no dejó que ligara ninguna faena--adujo Parrita



Rivera

RIVERA

Mucha gente en el recién estrenado domicilio del mejicano. Entre sus compatriotas reconocen las caras inconfundibles de Espartero y Rangel.

Fermin, percatado de que el proverbio "El tiempo es oro" es siempre de actualidad para el reportero, abandona por unos instantes a sus visitantes para explicarnos sus impresiones.

—Sali con muchos deseos de repetir mi última actuación en Madrid, recuerdo que no me abandonó durante toda mi obligada ausencia.

Fermin se refiere a la corrida celebrada el 30 de septiembre de 1945. Toreado con Albacín y El Choni consiguió cortar dos orejas a un toro de don Carlos Núñez.

—Tenía — prosigue el diestro — mucha fe en el ganado de Domecq, por los justos elogios que el pasado domingo mereció a los jerezanos la corrida presentada con la divisa blanca

y encarnada. Prueba de ello es que en el primero, apenas lo corrió Angel Iglesias, traté de quedarme quieto y correrle los brazos.

—Pero entonces ocurrió su peligrosa caída, ¿No es así?

—Cierto. El hecho se produjo porque, al pasar, el toro me empujó con los cuartos traseros, haciéndome perder el equilibrio. ¡Menos mal que en la caída no se me escapó el capote y pude darle la salida! Este incidente me hizo andar a la deriva durante toda la lidia de este astado.

—En cambio, se sacó usted la espina con el cuarto de la tarde...

—Aun cuando no me pareció un toro ideal, me di perfecta cuenta de que estaba en Madrid y había que responder a este honor. Hice cuanto pude para contentar a los aficionados, y creo no haberles defraudado del todo.

ANDALUZ

Media colonia sevillana se trasladó a la habitación del hotel donde habitualmente se aloja el sobrino del primer torero en ostentar este alias.

Todos se lamentan de que la mala suerte de Manolo con la espada le hubiera frustrado la concesión de una oreja segura. El fino torero sevillano entiende que su primer toro adoleció de algunos inconvenientes. Se venicia por ambos lidos, prueba de ello es que, al instrumentarle un cévido pase de pecho, recibió un gañafón como para amilanar al mozo más entero.

En cuanto al quinto, tuvo el defecto de ser coito de cuello, "engatillado", por lo que sus embestidas, pese a la porfía del Andaluz, no dieron gran juego para el lucimiento.

Al despedirme dijo el diestro, muy decidido:

—Tengo una onza que no he cambiado todavía con la afición madrileña. Confío lograrlo en la próxima corrida de Pablo Romero, toros con los que siempre tuve ocasiones para lucirme.

PARRITA

El público, que siempre espera lo mejor de este muchacho, hoy cayó en la desilusión, se sintió defraudado.

Y como el torero se dió perfecta cuenta de ello, llegó a su domicilio con los nervios desatados, arrugado el ceño y de un genio insostenible.

Tras de abrazar a sus familiares se encerró en su dormitorio, no sin dar severas órdenes de que no se franqueara el paso a ningún intruso.

Aparentando no haber escuchado la consigna, me introduje de rondón, expuesto a incurrir en la ira del malhumorado torero.

Este, al tiempo de desvestirse, rápido y nervioso, se limitó a decir:

—El ganado ha salido pagajoso, con arrancadas inciertas, sin dejar ligar la faena en ningún momento. Así es imposible que toro y torero pudiéramos acoplarnos. La gente iba con la impresión de divertirse, y no reparó en que mis dos toros no se prestaron al lucimiento.

Y, sin añadir palabra, se fué en busca de la tonificante gacha.



Parrita

ANDALUZ

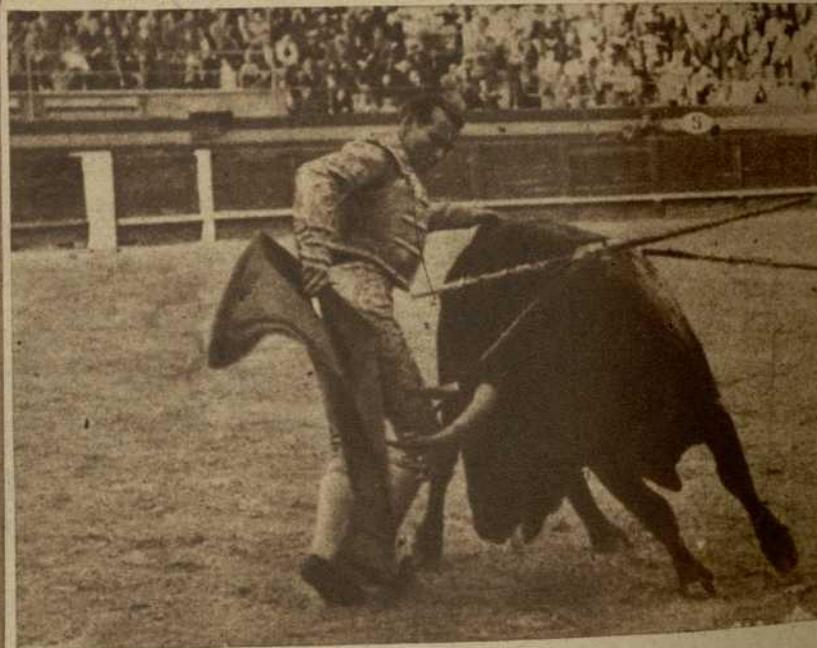


F. MENDO

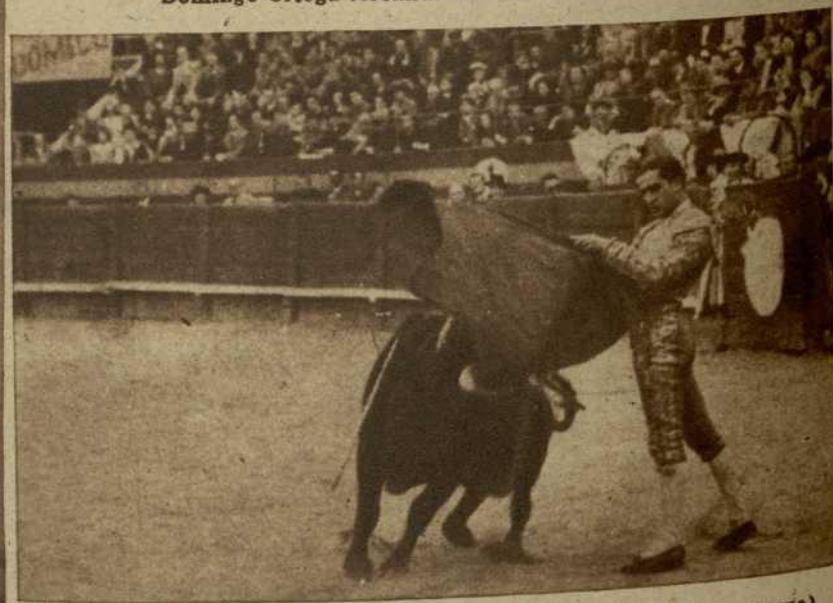
Ortega, Belmonte y Julián Marín



Los matadores, al frente de las cuadrillas, dispuestos para hacer el paseillo



Domingo Ortega toreado de muleta a su segundo



Juanito Belmonte en un pase por alto al cuarto toro Fots. Avespa)

AYER Y HOY

EFEMERIDES DEL MES DE MAYO

Por Antonio Casero



En un mes de mayo, con lluvias de diluvio, Machaquito, descalzo y con un ruedo imposible, mató dos toros de modo formidable... y...



En un 15 de mayo, Rafael realizó la más genial de sus faenas...

ANTONIO CASERO

CON MOTIVO DE UN ANIVERSARIO

MANOLO GRANERO ERA UN VIRTUOSO DEL VIOLIN



quedándose deslumbrado ante la magnificencia del espectáculo que acababa de presenciar.

Germinó desde aquel instante en su cerebro la idea de ser torero, y abandonó, de momento, los estudios, cambiando la caja sonora por la roja muleta, y el arco por el estoque.

LOS PRIMEROS PASOS EN EL CAMPO SALMANTINO

Finalizaba el año 1919, y circunstancialmente me encontraba en Salamanca.

Soplaba el cierzo con violencia, las heladas arrasaban los campos y una niebla «guisante» dificultaba la circulación de las contadas personas que deambulaban por la ciudad.

El café Novelty, en la Plaza Mayor situado, era, en aquellos tiempos ya un tanto lejanos, la sede del taurinismo, pues en él reuníanse durante la tarde los más significados ganaderos del campo charro, aficionados y una caterva de buscadores de oro, atentos siempre a las conversaciones sostenidas por aquéllos sobre las operaciones de tiente en proyecto, para caer en bandadas sobre ellas con el propósito de dar rienda suelta a sus aficiones.

Y uno de aquellos buscadores de oro era Manolito Granero.

Pero no por esto el «chiquet» había abandonado su gran amor por el violín, y allí, en Salamanca, en sus feraces dehesas, cuando la ocasión se le presentaba, enfrentábase con las vacas y becerras, toreándolas de maravillosa manera, y durante la noche, en la modesta habitación donde se encontraba hospedado, se dedicaba a pisar con los finos dedos de su mano izquierda las cuatro cuerdas del sonoro instrumento, rozando sobre ellas con delicado gusto artístico el arco que empuñaba la diestra, extremidad esta con la que, dos años más tarde, llegaba a los «morrillos» de los toros, haciéndoles rodar sobre la candente arena de los circos, ante el frenético entusiasmo de las multitudes.

DE COMO UNA CORRIDA DE TOROS SE CONVIERTE EN UN CONCIERTO MUSICAL

Manolo Granero ya es matador de toros. Ha muerto Joselito, la figura cumbre de la totería, y los aficionados ven en el valenciano a su más digno su-

cesor. Ajustado para torear, si mal no recuerdo, con Sánchez Mejías y Chicuelo, dos corridas en la feria de Ciudad Real, en la primera obtuvo un éxito clamoroso. Dispuesto a repetir la hazaña en la siguiente fiesta, con toros de Veragua, hermanos del que al siguiente año acabó con su vida, se encuentra en el hotel Pizarroso, vestido ya de luces.

La hora de empezar la corrida se aproxima, y su tío Paco, fiel consejero y administrador del espada, se presenta jadeante.

¡El empresario ha desaparecido con lo recaudado en taquilla, y el señor gobernador ha suspendido la corrida!

Pero Granero no ha perdido por ello su buen humor. Presente don Joaquín Meñero, aquel inolvidable aficionado, gran amigo y consejero leal de Joselito, ya «granerista», y otras personalidades manchegas, entre ellas un ilustre general del Ejército, también fallecido, «Manolet» exclama de sencilla manera:

—Bueno, señores. ¡Ya que se han quedado ustedes sin toros y con las ganas de verme torear, les voy a dar un concierto de música!

Y avisado un profesor de una compañía zarzuelera que actuaba en la ciudad manchega, acudió, a los pocos momentos, con un violín, que puso en manos del famoso torero.

Durante hora y media, y ante el más encendido entusiasmo del circunstancial público, Granero interpretó con delicado gusto los más escogidos trozos musicales de Beethoven y Schubert, alternándolos con las canciones más populares entonces. Y finalizado aquel improvisado concierto, el diestro fué paseado en hombros por el hotel, ante la risa infantil del violinista triunfador.

DON JUSTO

AHORA se cumple el XXIV aniversario de

la muerte de Manuel Granero, acaecida en la ya destruida Plaza madrileña el 7 de mayo de 1922.

Cuanto presenciemos el luctuoso suceso, el más trágico de los ocurridos en tal palenque, la fatídica fecha nos trae a la memoria la figura del joven valenciano, apuesto y gallardo, que en unos cuantos meses escaló la más alta cumbre de la popularidad, para caer vencido, víctima de la fiera de una res veragüña, cuando habíase convertido en realidad sus dorados sueños.

De la talla artística, como torero, del «chiquet», se ha escrito mucho, y todos los años, al aproximarse el aniversario de su triste fin, los aficionados que experimentaron el placer de deleitarse con las exquisiteces de su fina y artística manera de torear dedicaban un sentido recuerdo, particularmente en su tierra natal, Valencia, que en aquella época se sintió orgullosa de tener en el toreo su más alta representación.

Yo conocí y traté íntimamente al desventurado muchacho, alentándole en sus primeros y difíciles pasos tauromáquicos.

Y este aniversario de tan horrenda desgracia bríndame la oportunidad para referir varias anécdotas, inéditas, de su vida.

Granero, de delicados sentimientos, desde muy niño era aficionado a la música.

Su instrumento preferido era el violín, y en Manolito, su profesor, el ilustre valenciano don Benjamín Lapiedra, encontró su mejor discípulo, habiendo cursado con notable aprovechamiento siete años de estudios.

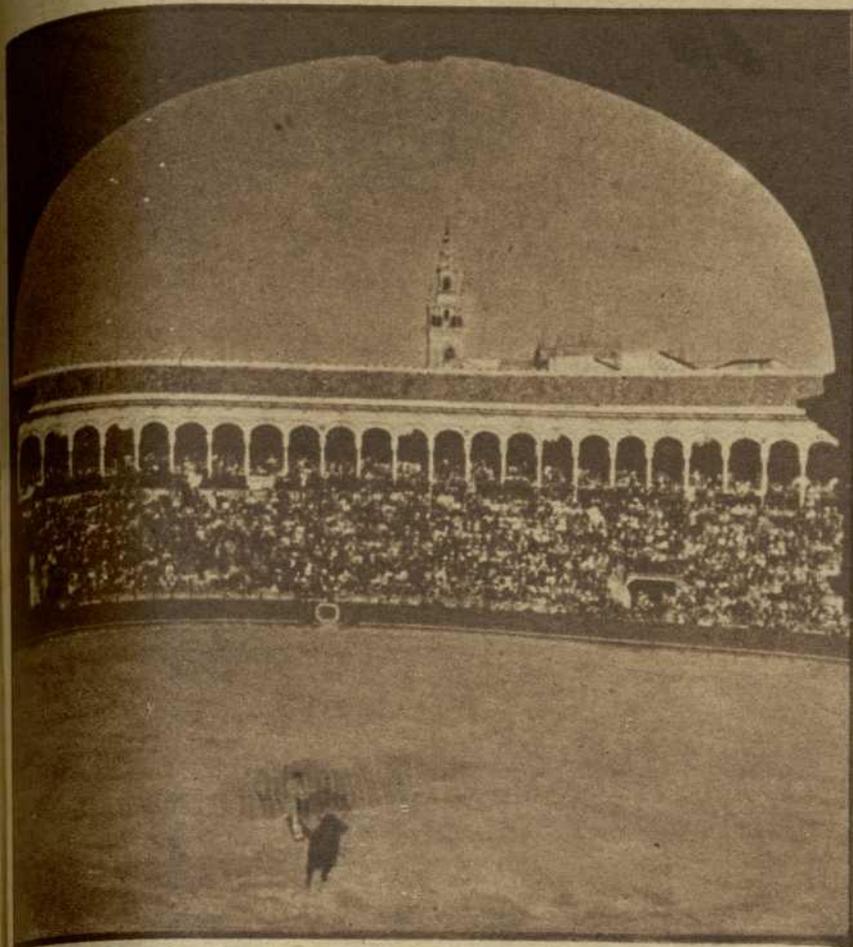
Pero su padre era acomodador de la Plaza de Toros, y una tarde, «Manolet», el chiquillo de la calle de San Antonio, donde sus ojos vieron la luz primera, tuvo ocasión de penetrar en el coso taurino,



El último cartel donde figuró el nombre de Granero. Aquella tarde había de caer herido de muerte en el ruedo madrileño



Manolo Granero, a los dieciséis años. Becerrista aun, dejaba el violín por el capote de brega



Plaza de toros de la Maestranza sevillana

CUAL es la cuna del toreo? ¿Ronda o Sevilla? ¿La Maestranza de las márgenes del Betis o aquella otra Maestranza del famoso Tajo? El nombre de Ronda —privativo del toreo adusto que aun perdura— tiene y tendrá sus apolo-

gistas; mas en puridad el toreo rondeño, con toda su rancia solera, no es un toreo de ciudad, de ambiente, de raza, en que todos los chiquillos son toreros en potencia. El toreo de Ronda o rondeño se vincula, por el contrario, en un padre, unos hijos y unos hermanos. Es, pues, una sola familia la que caracteriza a la ciudad nativa y la tiñe de tal modo con su prestancia que toda Ronda se nos aparece en el tiempo como vestida de luces. Así considerada la clásica cuna de los Romero, Ronda es, si se quiere, la Esparta ruda y sobria que nos admira en los comienzos históricos de la fiesta; pero la Atenas del toreo, como la de pintores y poetas y tantas cosas inmortales, es la insigne ciudad que refleja la imagen de la Giralda en las linfas del Guadalquivir, el río de los toreros.

Así como se ha dicho que, desde que entramos en Andalucía por Despeñaperros, los palos del telégrafo nos van cantando *siguirillas* y *soleares*, así puede decirse que desde que nace el Betis en la Sierra de Cañorla, hasta que muere en la barra de Sanlúcar, sus aguas rumorean por peñascales, cascadas, ramblas y meandros las gestas de los clásicos toreros nacidos en sus orillas. Y es tal su número y calidad, que si prescindieramos del famoso río habríamos prescindido de la columna vertebral que en todo tiempo sostuvo y sostiene el cuerpo esplendoroso de nuestra fiesta solar.

Cuna del toreo y también del toro, protagonista y raíz milenaria de la fiesta, es la perla de Andalucía en el engarce del río. El torero es consecuencia y contrapunto del toro; sin toro no habría torero. Y el toro arquetipo, el toro hispánico de lidia único en la tierra, veloz en la carrera, fiero en la embestida, noble hasta el martirio y rotundo en la forma bellísima, es producto neto y soberbio de los dos brazos del padre Guadalquivir. Su patria son las maravillosas marismas sevillanas, allí donde estuvo Tartessos. Tartessos se llamaba el río antes que Betis y Guadalquivir. En aquellas islas paradisíacas pastaron los toros ancestrales de Gerión, remotos ascendientes de los nuestros de ahora, en rebaños de mito y leyenda donde el nombre de Hércules centellea en uno de sus trabajos fabulosos.

La estampa bicorne del toro de Gerión saludaba con fiero esguince de testuz al carro del Sol en el alba de los altos pastizales. Fernando Villalón, poeta, caballista y ganadero, ha cantado en «La Toriada» este *taurus* racial, gloria de la Bética. Por eso digo que este río de nombres evocadores es el río de los toreros por ser precisamente el río de los toros.

Veamos ahora un apunte torero de las orillas del río: 1830. Una Placita de toros. Este típico rincón hispalense ostenta un marchio oficial: es la Escuela de Tauromaquia creada en Sevilla, por el rey nuestro señor. En el centro de la Placita se yergue un chaval casi imberbe, llamado Manuel Domínguez, perfilándose en la cara de un torete para marcar al dictado los tiempos de la suerte de recibir. Dos alumnos, Francisco Montes Paquiro y Currito Cúchares, contemplan, capotillo al brazo, la lección. El maestro, nada menos que el coloso del arte señor Pedro Romero, ya septuagenario; pero ágil y arriscado como demonio en Carnestolendas, le va tirando chinitas desde la barrera para corregirle la colocación. Y el demontre del chiquillo consuma la suerte de tal modo que el maestro exclama, alborozado:

—¡Este niño no tiene desperdicios!

Y *Desperdicios* vino a quedarle por apodo al zagalón para el resto de sus días. Pero, ¡ay del bravonel que andando el tiempo lo repita en la cara patilluda de aquel hastial formidable que se llamó Manuel Domínguez!

¿Qué nos dice esta mancha de color? Nos declara que el toreo rondeño, nacido fuera del ubérrimo río, se reinjerta en Sevilla con la savia fecunda de Pedro Romero, su representante más ilustre. No quiere esto decir que los toreros sevillanos no fueran rondeños por su estilo con anterioridad a la creación de la Escuela de Tauromaquia. Toreros de este tipo fueron Manuel Bellón, Costillares, Pepe-Hillo, Curro Guillén y Juan León, anteriores a la fundación de la Escuela. Pero en este palenque expresivo observamos la corriente fluvial en que se bifurca la escuela rondeña —extinguida con el maestro— con el embrión de la futura escuela sevillana presente en la magna figura de Cúchares. Este, con Montes y Manuel Domínguez, son los herederos del anciano patriarca que los adoctrina. La sobriedad espartana de lo rondeño se liga y traba con la gracia estilizada del genio de la ciudad. Y de aquí brota en estos tres nombres significativos, y a través de diversos avatares, el toreo magnífico del día en su doble aspecto estético, sevillano y rondeño.

Sin negar que grandes toreros pueden nacer en pueblos tan poco taurinos como Eibar, Borox y Churriana (nosotros preferimos Gelves, Tomares y Alcalá del Río), hay

que proclamar que por antonomasia el río de los toreros, cinta de plata, cordón umbilical de la fiesta, es el *olivifero Betis*, como le llamó Don Quijote.

Sus aguas históricas llevan al mar mensajes de la ciudad de la gracia y de su hermana ribereña Córdoba la brava.

A PUNTA DE CAPOTE EL RIO DE LOS TOREROS

En el primero centellean nombres que van de Pepe-Hillo y Costillares a Joselito y Belmonte, pasando entre mil por El Gordito y El Tato, El Espartero y Reverte, Chicuelo y El Gallo, Bombita y Fuentes...

En el segundo refulgen como estrellas Lagartijo, Machaco, Guerrita...

¡¡¡Y Manolete!!! — FEDERICO OLIVER



Plaza de Ronda, la más antigua de España



Jesús Palma

ROMANCES DE LA TORERIA

M A R I S M A S

Entre el clamor de las charcas, donde batracios agudos encienden notas acuáticas en el pentágono obscuro; entre los verdes espasmos de los olivos maduros, suelto el cabello de plata por el sutil viento húmedo, van las toradas pastando saladas palmas y juncos; van las toradas unánimes, finos cuernos, fieros tufos, voz del hondero a caballo y alcaravanes zancudos.

Los mayores se montan en atalayas de sustos, cuando adivinan que vienen niños de sueños absurdos, las esperanzas despiertas en sus capotes ocultos.

Por las riberas del río alza el relente un confuso abanico de relámpagos y de vapores blancuzcos. Lejos, la ciudad se duerme en la prisión de sus muros, con sus naranjos enfermos y sus jardines sin jugo. ¡Oh las marismas fragantes a toro padre y a junco!

Por las aristas del monte va el Niño del Aceituno. La llanura, ante sus ojos, le abre un paisaje de lujo. Camina entre lentiscales, ojos negros taciturnos. Por todas partes ve el niño los mayores nocturnos. Un temblor alado y fiero le recorre por los muslos.

¡Allí están!... ¡Todos son negros!... Lo que esperaba ya obtuvo. La soledad de la luna, alanceando susurros de la brisa marismeña, patria de los «mozos crudos», y él solito con los toros, como los dioses espúreos, revolcándose en la negra brillante fuente del triunfo. ¡La gloria!... ¡Mi corazón!... Sueño de sueños fecundos.

Para mi madre, una casa; madre, la mejor del mundo. Para mi novia, esta vida de majestad y de rumbo. Ilusión cara a la muerte y el capote por escudo. Sin nadie que le haga el quite —sólo Dios testigo mudo—, entre el olor del almarjo, cincela el arte más puro...

Los mayores cabalgan con los látigos a punto. El niño cae recruzado lleno de dolor profundo. Un toro suelto lo engancha, y otro le pisa el menudo talismán blanco del pecho, cayendo en los charcos turbios.

Los mayores cabalgan buscando niños al bulto. Nubes de color de toro cubren los campos de humo. El corazón sin fatiga se le derrite de gusto. Ya tiene una gloria amarga de cuernos y rojos zumos. Ya la sangre se le escapa desatada de sus nudos.

Una sombra va volando, risa que amores no tuvo. Una sombra va volando sobre los montes abruptos. ¡La sombra por las marismas del Niño del Aceituno!

JOSE PARADA ORCHA





Juan Belmonte

La corrida anunciada para el pasado domingo en Madrid fué suspendida por lluvia. Una gran solución para la Empresa, que no llegó a acuerdo con Marcial Lalanda, apoderado de Pepe Luis, y trasladó el cartel del domingo al miércoles. Las corridas anunciadas para los días de las fiestas de San Isidro han quedado, por el momento, en nada. Siguen las gestiones, y es más que probable que haya en el ruedo de las Ventas más de un festejo taurino durante esta semana. Algunas corridas, por culpa del agua, quedan en proyecto; y otras, por culpa de toreros, ganaderos y empresarios, quedan en agua de borrajas. Agua por todas partes.

— En Palma de Mallorca se inauguró la temporada. Mala entrada, como en casi todas las Plazas españolas. Toros chicos, como en todos los ruedos. Ortega, Belmonte y Marín mataron seis reses de Domecq. Ortega despachó al primero de un golletazo y oyó una bronca. En el cuarto, después de una faena



Andaluze Chico

Juan Belmonte, Julián Marín, Antonio Bienvenida, Luis Miguel Dominguín, Manolete, Arruza, Andaluze Chico, Antonio Corona, Vito, Pedro Robredo y Octavio Isiegas cortaron orejas

Arruza y Manolete llegarán el día 20 a Lisboa

deslavazada, fué aplaudido. Para Juan Belmonte hubo palmas y pitos, en el segundo; pero en el quinto hizo faena muy valiente, mató bien y cortó dos orejas. El navarro Julián Marín tampoco logró lucirse en el tercero, y, en cambio, en el sexto gustó y se le concedió la oreja. En Palma hubo palmas y pitos.

— En Valladolid hubo media entrada. Antonio Bienvenida y Pepe y Luis Miguel Dominguín mataron seis toros de Villamarta. Antonio Bienvenida cumplió en el primero; y en el cuarto, que era difícil, estuvo muy valiente, mató bien y cortó la oreja. Pepe Dominguín, que se lució con su hermano en banderillas, estuvo bien en sus dos bichos. Luis Miguel oyó palmas en el tercero; y al sexto, que no pudo aguantar más que una vara y se cayó muchas veces, le hizo una faena muy adornada. Hizo el teléfono, el beso postero, la suerte de la hamaca y muchos adornos más. Le dieron la oreja y salió en hombros.

— El nuevo ganadero jerezano Luis de la Cal obtuvo un gran triunfo. Todos los toros fueron ovacionados, y al tercero se le dieron dos vueltas al ruedo. Conchita Cintrón fué ovacionada. Pepe Luis Vázquez oyó pitos. Cañitas fué ovacionado, y Pepín Martín Vázquez oyó pitos.

— En Maracay se despidieron Manolete y Arruza con un mano a mano. Lidieron reses de Guayabitas. Cortaron orejas y rabos en cuatro toros, y fueron sacados en hombros.

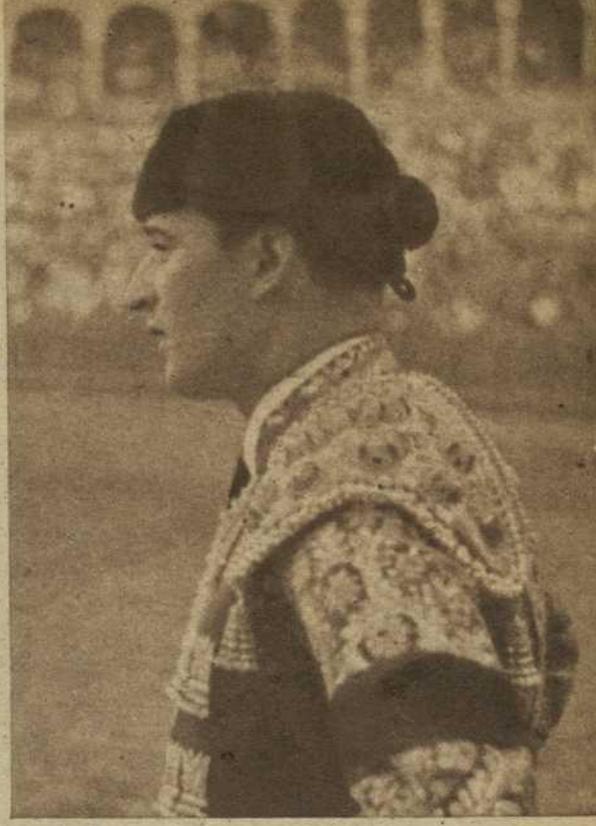
— El sábado, día 11, se corrió la novillada de feria en Jerez. Los novillos, de Tomás Prieto, dieron buen juego. Andaluze Chico fué ovacionado en uno y cortó oreja en otro. Paco Rodríguez (de Méjico) y Vito fueron muy aplaudidos.

— Hubo novilladas el domingo en Barcelona, Sevilla, Bilbao, Zaragoza y Cartagena.

— En Barcelona se corrieron novillos de Paquito Casado, que no fueron bravos. Beatriz Santullano no se hizo aplaudir. Luis Redondo y Belmonteño fueron ovacionados. Antonio Corona cortó una oreja.

— En Sevilla se lidiaron novillos de Belmonte, que fueron bravos. Niño de la Palma, bien en sus dos novillos. Julio Pérez, Vito, cortó una oreja y oyó aplausos. Galisteo, regular y bien.

— En Bilbao, con media entrada, se corrieron novillos de García Fonseca, que resultaron bravos. El cuarto fué ovacionado en el arrastre. El gaditano Paco Rodríguez fué cogido por su primer novillo al hacer un quite, y no pudo continuar la lidia. Pedro Robredo, muy bien en los tres que mató; cortó



Julián Marín

la oreja del cuarto. Eleuterio Fauró fué aplaudido.

— Los novillos de Antonio Bernal que se lidiaron en Zaragoza fueron difíciles. Melchor Soria cumplió en uno y oyó pitos en otro. Octavio Isiegas cortó la oreja del segundo y dió la vuelta al ruedo en el quinto. Germán Gil fué ovacionado en los dos.

— En Cartagena, Vicente Cantó y Adolfo Marcilla, que estuvieron voluntariosos, lidiaron ganado de Guillén.

— A pesar del pleito que tiene pendiente en Caracas el cordobés Manolete, a quien el empresario Cebrián requiere por incumplimiento de contrato, Manuel Rodríguez y Arruza emprendieron viaje tan pronto terminaron la corrida en Maracay. En Venezuela, con sus apoderados y Gitanillo de Triana, tomarán un avión para llegar a Lisboa el próximo lunes, día 20. Según ha dicho Camará en Méjico, adonde fué para recoger el equipaje, Manolete no toreará durante la actual temporada en España.



Pedro Robredo



La duquesita de Montoro y Conchita Cintrón, en el centro de la Placita de El Esparragal, saludan al público, que las ovaciona

Conchita Cintrón con Luis Fuentes Bejárano, que también tomó parte en la fiesta campera

FIESTA CAMPERA EN LA FINCA EL ESPARRRAGAL

La duquesita de Montoro y Conchita Cintrón con don Ignacio José Vázquez, propietario de El Esparragal, donde se celebró la fiesta





La duquesita de Montoro, acompañada de Conchita Cintrón, sigue ante la becerria las lecciones de la rejoneadora peruana

La DUQUESITA DE MONTORO y su profesora CONCHITA CINTRON

Joaquín Murube —solera y tesón de aficionado—
en un lance de capa lleno de buena voluntad



Un soberbio pase de muleta de Conchita Cintrón,
templando y mandando



Momento de clavar un rejón la duquesita de Montoro en la fiesta celebrada en la finca de don Ignacio José Vázquez (Fotos- Luls Arenas)



FUE AQUI DONDE CAYO JOSE...



La Plaza de toros de Talavera, donde Joselito fué herido de muerte la tarde del 16 de mayo de 1920

ULTIMA hora de la tarde. La Plaza vacía y en silencio. De vez en cuando, un pájaro cruza el cielo de un azul mortecino. La arena es de un amarillo triste. A un costado de la Plaza, visibles desde el ruedo, se alzan los tejados, la cúpula y la espadaña de una iglesia.

—Fué aquí —dice Cristóbal Becerra, señalando con el bastón un punto del ruedo—. Fué aquí, frente a este tendido...

Cristóbal Becerra, hombre de toros y toreros, espíritu inteligente y cordial, estuvo aquella tarde de mayo aquí, en la Plaza de Talavera de la Reina. Vió caer a José sobre la arena, herido de muerte. Corrió, como los otros amigos llegados de Madrid, a la puerta de aquella enfermería en que el torero agonizaba. Ahora, al cabo de un cuarto de siglo, está de nuevo aquí, en la misma Plaza en que entonces cayó Joselito. Cielo azul, sol castellano. Ya no brillan alamares y colorines. Los tendidos se han ido quedando desiertos. Marchó, a hombros sobre sus paisanos, Morenito de Talavera, sonriente bajo la alegría de una

tarde de triunfo. Caen sobre la Plaza penumbras y silencios de crepúsculo. Es profunda la quietud de la hora. Cristóbal Becerra —junto a él y junto a mí el conserje y el carpintero de la Plaza que vieron también morir a José, aquella tarde de mayo— repite, hundido el espíritu en el recuerdo:

—Fué aquí. Frente a este tendido...

El día anterior había toreado en Madrid, con Juan Belmonte e Ignacio Sánchez Mejías. El público —impresionable, mudable público de toros— le trató mal. Gritos, chillidos, almohadillas al ruedo. Después, en la casa de la calle de Arrieta, el torero hablaba de ello con Paco, el mozo de estoques. Y le confesaba su propósito de no volver a torear en Madrid. No salió de

El poeta Rafael Duyós a la puerta de la enfermería en que se extinguió la vida de Joselito



casa aquella noche del 15 de mayo. Unos cuantos amigos llegaron: Leandro Villar, Darío López, José María de Cossío, Menchero, Urquijo... Hubo vino y jamón serrano. Se habló mucho de aquella actitud del público de Madrid hacia el torero. Cuando los amigos se marcharon, José se acostó. Al día siguiente tenía que madrugar, porque el tren salía a las siete de la mañana para Talavera.

Paco Botas, el mozo de espadas, le despertó muy pronto al día siguiente. Una taza de manzanilla, y a vestirse. El torero se sentía perezoso y alegre al mismo tiempo. El mozo de estoques le apremiaba.

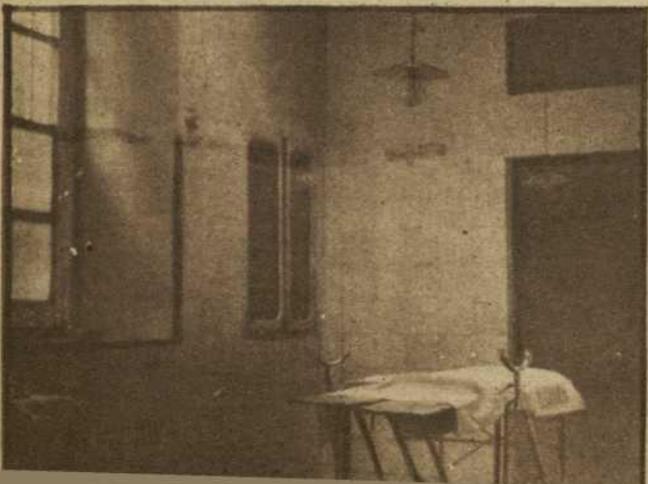
—Vamos, José, que se nos hace muy tarde...

La estación, el tren en marcha, un incidente en el camino. Por fin, a la una de la tarde, Talavera. Ya en el hotel, José se acostó para descansar hasta la hora de la corrida. Se despertó a las dos.

Por un movimiento brusco y precipitado se rompió el botijo que el mozo de espadas llevaba siempre a la Plaza, los días de corrida.

No le hizo gracia aquello a Paco Botas. José en cambio, se echó a reír, contento y

La enfermería de Talavera, donde murió el famoso diestro



MAYO

BOTIJO ROTO Y LAS PLAZAS DEL ESPARTERO

El torero, después, empezó a cantar por lo
coplas sobre la muerte del Espartero. Esto
pareía de mal agüero al mozo de espadas.
Se atrevió a de ir nada al matador, desde una
se arriesgó a decirsele y José le respondió:

«No seas bobo. ¿Te
crees que a mí me va a
matar un toro tam-
bién?»

Después, la
corrida. La
tarde iba sosa,
y por eso José

e Igna-
cio se
decidie-
ron a
banderi-
llear el
cuarto
toro.

Luego,
en quin-
to lugar
salió
Ballaor.
Se arran-
cabacor-
to y rá-
pido.

Sonó
el clarín
para la
última
suerte, y
allá fue
José, a
sacar al
toro de
su que-
rencia.

Instan-
tes des-
pués una
arranca-
da corta
y José

en el suelo, lle-
vándose con
gesto dolorido
las manos al
vientre. Allá

iban los com-
pañeros de lidia, allá
iba el mozo de espa-
das... Miró el torero
hacia el tendido en que
estaban los amigos de
Madrid, y su mirada,
angustiada en el ros-
tro de cera, tenía una
emoción de adiós.

Entre prisa y susto,
la enfermería. Tenía
ésta dos ventanas en-



Por esta puerta salió José a hacer el paseillo. Ya no volvió a entrar por ella sino herido de muerte, camino de la enfermería

rejadas que daban al interior de la Plaza.
Allí, en la mesa de operaciones, fué tendido el
torero. Todo fué inútil.

Un médico decía a los otros:

—¡A él!... ¡A él, primero!... ¡Dejad ahora la
herida!...

Quedó allí, blanco, yerto y rígido. Su cara
añorada parecía sonreír todavía. Los amigos, los
compañeros, lloraban. Empezaba la noche en
Talavera: una noche tibia y primaveral, con mil
pequeños ruidos en el campo y un palpar de
estrellas temblorosas en el cielo.

Después, el telégrafo se encargó de llevar la
noticia a toda España; de poner en todos los
mástiles de las Plazas de toros el luto de un
crespón; de llenar la carretera hasta Madrid de

congoja, de angustia y de lágrimas en el ir y
venir de los coches, que buscaban el camino de
la verdad, de la triste verdad.

¡Pero Joselito había muerto...!

Andando los días, otra tarde de toros, me ah
recordado aquel capítulo Cristóbal Becerra.

Hace ya veintiséis años de la muerte de José.
Fué en esta Plaza que tiene a su costado los te-
jados, la espadaña y la cúpula de un templo, vi-
sible desde el ruedo.

Es primavera, como entonces, y en lo alto de
la iglesia se ve un nido de cigüeñas indiferen-
tes.

Sobre esta misma arena corría Ballaor y
por esa ancha puerta salió José a hacer el pa-
seillo. Ya no volvió a cruzarla sino en ago-
nia.

JOSE MONTERO ALONSO

(Fotos del autor.)

Aquí cayó...—dice Cristóbal Becerra señalando el sitio en que Ballaor derribó a José



En primer término, el carpintero y el conserje de la Plaza de Talavera, que vieron también la cogida



VIDA Y ANECDOTA DE MANOLETE EN MEJICO

El paso de Manolete por Méjico ha constituido el gran acontecimiento taurino. Ha conmovido a las masas, y su presencia en los ruedos sirvió de estímulo. Impuso la pelea y sostuvo en todo momento la emoción, que es nota característica en la fiesta de toros. Ha sido el «taquillero número uno», y su presencia bastó para romper antiguos moldes y costumbres en cuanto a la organización. El aficionado azteca no estaba acostumbrado a dejar sus ocupaciones habituales entre semana, para asistir a los espectáculos taurinos. Pero con Manolete varió completamente todo, y toreando el cordobés no había ya lunes, martes ni miércoles; todos los días eran festivos en cuanto los carteles tenían el nombre del torero español. Gaona, Belmonte, Sánchez Megías, y Lorenzo Garza y Procuna de los actuales, no tuvieron esa fuerza de atracción. Manolete alborotó completamente el toro actual, y si en España algunos lo consideraban excesivo, Méjico nos ha superado en todo momento.

La Prensa, en general, ha tratado bien a nuestro embajador del toro. Pero tampoco faltó la censura en cuanto a su corto repertorio y a la imposición del toro pequeño. A él se le achaca la falta de peso en las reses lidiadas este año por todo Méjico, e incluso Lima. Y sus declaraciones en torno a esto son significativas y concluyentes.

Al abandonar la capital mejicana, Manolete fué requerido por un periodista para que explicara cómo le gusta el toro de lidia.

Y Manolete le contestó:

—Yo maté en España, el año 1941, un toro de Miura, que pesaba 380 kilos en canal. Pues aquel bicho no aparentaba, por chico, lo que el despachado por mí en mi primera tarde de la temporada de Lima, alternando con Juanito Belmonte. El peso no dice nada, porque un toro con casta puede dar más trabajo, con poco peso, que otro de mayores proporciones, pero sin novio.

Para puntualizar más, Manolete terminó diciendo:

—No soy partidario del toro «carril» ni terciado. Pero estimo que tampoco debe lidiarse un bicho que de antemano se sabe no puede acompañar en la faena que espera el público. El toro, de cuatro años como máximo, y con veintidós a veinticinco arrobas. Lo más indicado para torear a gusto y lograr esos veinte o treinta pases, que hacen olvidar a muchos la necesidad de reducir el toro. Con este peso y edad, el bicho tiene elasticidad.

Esta es una de las contestaciones que dió Manolete a las numerosas preguntas que le hicieron durante su estancia en Méjico.

Pero esta otra la dió el presidente durante una de las faenas:

LOS DOS AVISOS QUE ESCUCHO

Los éxitos acompañaron a Manolete en sus actuaciones. Pero dos diestros tienen esa mala tarde que muchos casi la desconocen.

En una corrida que se presentaba magnífica para cortar oreja, Manolete se descompuso con el acero. Cargó con el peor lote, y en su segundo, otro toro mansurrón, no quiso sacar partido. Fué desarmado tres veces, y el público empezó a pitarle.

A la hora de matar pinchó en hueso; dió otra estocada, que no surtió efectos, e intentó el descabello en doce ocasiones, nervioso ante las protestas de su poco éxito en los dos toros que lidió aquella tarde.

Tan larga fué la faena, que el presidente le avisó dos veces.

Es, quizá, la única vez en que Manolete se ha visto en el trance de que fuera un toro suyo vivo a los corrales.

ESTE AÑO SERA DIFICIL QUE TÓREE EN ESPAÑA

Empresa y afición están pendientes de la llegada de Manolete a España. El domingo último tomó parte en la última corrida, con Arruza, mano a mano, en Maracaibo. Y las referencias que tenemos son de que a últimos de mayo se encontrarán entre nosotros Arruza y Manolete. Son excelentes amigos, y desde que se encontraron en Méjico les une un gran compañerismo.

Por lo cual, no sería extraño que se consultaran sobre la conveniencia de tomar parte en las corridas de España.

En otras declaraciones se refirió al cansancio que acusaba, por el agotador movimiento entre los viajes y sus actuaciones.

—Llegré a fines de mayo —dijo—, y torear inmediatamente, sin descanso alguno, es demasiado. Como para terminar en un sanatorio. Después de descansar en mi Patria regresaré a Méjico con tiempo sobrado.

UNA MULTA Y UN ACCIDENTE FUTBOLISTICO

La pasión en torno a Manolete fué enorme. No se conocían ya hacia tiempo las «precauciones» en torno a una figura para restarle sus méritos artísticos. Por tal motivo, cualquier cosa que contraviniesen los reglamentos daba pie para la amonestación o la multa.

Manolete alcanzó un éxito grande en su última corrida de la temporada 1945-46 al lidiar magníficamente un toro de La Punta, acabando con el bicho de media estocada delantera, algo caída. La presidencia le otorgó una oreja; pero el puntillero fué y cortó al propio tiempo el rabo, y la autoridad le impuso una sanción de quinientos pesos.

Nuestro compatriota es también un gran aficionado al fútbol. Y admirador del Córdoba, equipo representativo de su ciudad natal.

En uno de los días en que Manolete descansaba y no tenía compromiso alguno para torear se entretuvo en jugar un partido de fútbol con Arruza, Mortani y otros amigos, en los campos del Country Club, de Lima. Al realizar un despeje sufrió una dislocación del tobillo izquierdo, que le obligó a guardar cama por la alarmante inflamación, que estuvo a punto de privarlo de tomar parte en la corrida que debía despachar a los dos días.



Una fotografía de Manolete, en una de las actuaciones del cordobés en Méjico

¡QUE VUELVA!... ¡QUE VUELVA!...

Manolete fué despedido de Méjico apoteósicamente. Se recordaba en la capital azteca que ninguna despedida podía compararse a la dispensada al «monstruo». Ni siquiera con aquella de Antonio Fuentes, durante la primera estancia de éste, en que despachó seis toros, pidiendo un séptimo para corresponder al cariño que le demostraba la afición.

Pero Manolete ha superado todo. Terminada la corrida, el público no se movió de sus asientos. Inmovilizados por la emoción que sentían viéndolo marchar, los millares de espectadores le ovacionaban frenéticamente. Y las admiradoras lo hacían salir a los medios, cargado con las flores que éstas le lanzaban. Juntamente con los gritos de...

¡Vuelve!... ¡Vuelve!... ¡Vuelve!...

C.

Cabecegra del semanario mejicano «El Redondel», donde se publicaron las declaraciones de Manolete



El Redondel

EL PERIODICO de los DOMINGOS

EL MEJOR WHISKY PARA UN HIGHBALL ESCOCES

MACNAIR'S

IMPORTADORES PRODUCTOS INTERNACIONALES

D XVIII Directores-Proprietarios
ABRAHAM BEYAR y ALFONSO DE ICAZA

MEXICO, D. F.—DOMINGO 17 DE MARZO DE 1946

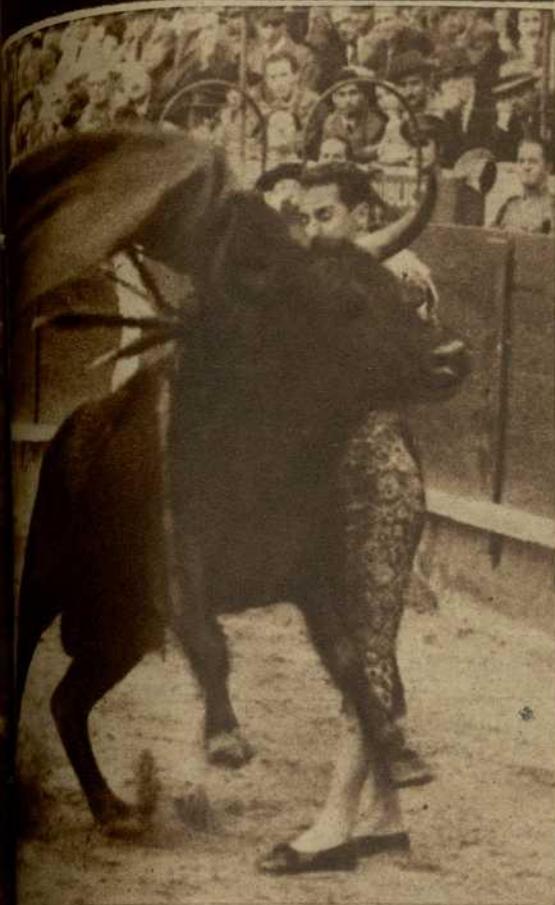
Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos el 24 de Noviembre de 1928

NUMERO 90

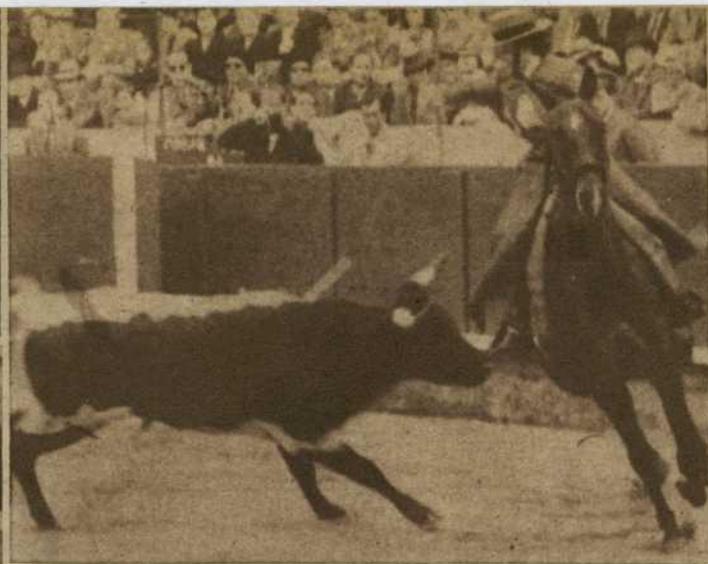
MANOLETE NO TOREARA ESTE AÑO EN ESPAÑA

CARTEL DE BARCELONA

BEATRIZ SANTULLANO,
REDONDO, BELMONTEÑO
Y CORONA



Corona, que tuvo una gran tarde y cortó la oreja de su primero, en un pase por alto



Beatriz Santullano, en su intervención, rejonea a su novillo



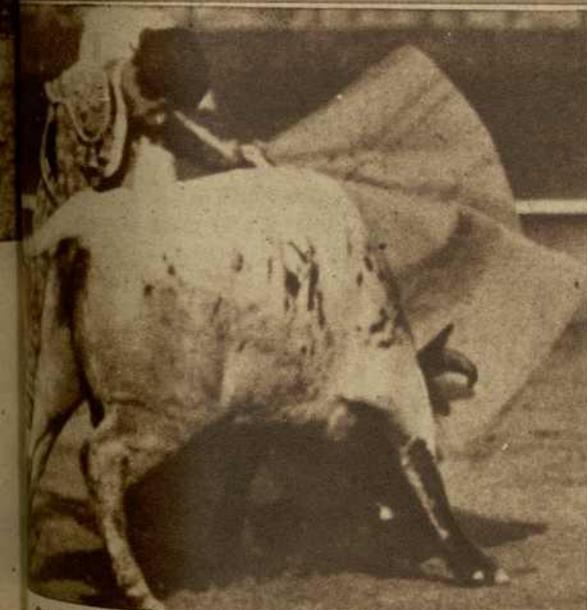
El primer novillo de la tarde que fue condenado al fuego.



Belmonteño, que fue aplaudido en sus dos novillos, torea de capa a su primero



Redondo, que dió la vuelta en el cuarto, torea al natural a este novillo (Fotos Valls)



Galisteo, que debutaba en Sevilla, toreando de capa.—Abajo: Cogida sin consecuencias de Galisteo por el sexto novillo



Aparatosa cogida del Niño de la Palma en el cuarto.—Abajo: Vito, que tuvo una buena actuación, rematando un quite

CARTEL DE SEVILLA
NIÑO DE LA PALMA,
VITO Y GALISTEO



El cuarto novillo hubo de ser apuntillado por romperse una pata. En la foto damos el momento de retirar al novillo de Belmonte, y al sustituto, de Jordán de Urries.—Abajo: El Niño de la Palma en un natural a su primero (Fotos Luis Arenas)



EL ARTE Y LOS TOROS

EL APUNTE TAURINO



boceto o esquema a obras posteriores de mayor envergadura o empresa, cual el cuadro, la acuarela y hasta la escultura. En mi libro de crítica «Los dibujantes españoles», aparecido el año 1935, decía yo que la caricatura es la taquigrafía del dibujo. Igual podemos decir del apunte taurino. Rasgos inconclusos, rápidos, taquigráficos, que dan la acabada sensación del hecho consumado. La bondad del apunte, como la de la caricatura, estará en la mayor sensación de realidad o parecido con el menor número posible de trazos o líneas, siempre, claro está, que éstos se sujeten a un canon artístico. Goya, en sus dibujos, que no reproducimos por falta de espacio, traza el futuro del impresionismo periodístico, que alcanza todo su apogeo, ya se ha dicho, cuando aquella, al parecer inagotable, fecundidad de Perea llenaba planas y más planas en las revistas y álbumes taurinos. Son los años —finales del XIX— en que el dibujante es el todo en la Prensa. La fotografía no ha adquirido el auge y preponderancia de estos tiempos. El fotograbado es dificultoso, y el «hueco» no ha llegado todavía. El dibujo a línea suple todos los inconvenientes del momento, que pusieron las raíces para la labor afortunadísima de los más grandes impresionistas periodísticos de estos tiempos: Ricardo Marín, Roberto Domingo, Ruano Llopis, Martínez de León y Antonio Casero. Todos y cada uno de ellos merece párrafo aparte, que no cabría en esta crónica; pero son tan conocidos y prestigiosos, que sus propios dibujos, cogidos al azar y sin deseo comparativo alguno, dicen más de lo que podría decir uno mismo.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

CUANDO el dibujante, periodista a la vez con el grafismo de sus notas impresionistas, acude a la Plaza con el deseo de captar o reproducir con su lápiz los momentos más interesantes de la lidia o los aspectos más característicos que de una forma u otra surgen o se presentan, derivados del brillante espectáculo, en el callejón, burladeros, patio de caballos, capilla, etc., lleva en sí una alta misión creadora, que es la de plasmar, de mantener viva la actualidad taurina del momento más sobresaliente o señalado de la tarde triunfal o desgraciada, por la rapidez expositiva de su arte privativo y particularísimo. Que la fotografía podrá reflejar con más exacta y auténtica realidad la faena, el lance o el sucedido, perpetuándole en un clisé; pero el tiempo, supremo revalorizador de las cosas, no le dará más trascendencia que el encanto retrospectivo, el del recuerdo o evocación que inspire, más sujeto a la particular emoción del observador que a la importancia o categoría del valor material o intrínseco que pueda tener como tal fotografía, ya dentro de la órbita de lo episódico o anecdótico. Así sucede cuando ahora, por el placer de recordar, se reproducen grupos, escenas o lances taurinos de los años finales del anterior siglo o primeros del presente. Gusta, sí, evocar aquellos días del 900, con ese grato perfume nostálgico de los años mozos, aquellos tiempos aromados por el encanto de una época feliz, en la que la vida transcurría con otras naturales ilusiones, con no pocos y lógicos proyectos, truncados seguramente por el Destino, transformador y hasta anulador de no pocas esperanzas en la vida del anhelante individuo. Gusta, ¡qué duda cabe!, ver ahora la efigie juvenil y risueña de Mazzantini y Machaquito, de Bombita y Vicente Pastor, de Sánchez Mejías, Bienvenida, padre; de Joselito y Belmonte, y hasta de don Natalio Rivas y don Mariano Benlliure; pero... el dibujo tiene, desde el primer momento de su ejecución, en cualquier instante, un valor mercantil y artístico, señalando un momento evolutivo del mismo. En la cada día más valiosa colección de «La Lidia», por ejemplo, las fotografías no tienen otro interés que el recordatorio, y, sin embargo, los dibujos de Perea, tan populares ya, tan conocidos como los de Chaves y Lizcano, representan un período del impresionismo sobresaliente y destacado en la historia del periodismo gráfico y aun de la historia del arte menor contemporáneo. Bien visto, tiene una doble misión o finalidad: la de recoger artísticamente la actualidad, que el periódico ha de reproducir a las pocas horas, y la de servir de



ALFONSO MARTINEZ fue al colegio con Algabeño y Pepe Belmonte

Dejó sus asuntos particulares para colaborar
con ALVARO DOMECCO



TODO el mundo conoce a este hombre, ancho y cordial, simpático y bondadoso, que se llama Alfonso Martínez. Don Alfonso era, hasta no hace muchos años, un aficionado de los más excelentes y de los más entendidos. La verdad es que nunca tuvo la intención

de meterse, dentro de lo taurino, en otros asuntos que no fueran los relacionados con esta afición que le viene desde los tiempos en que iba al colegio con Pepe el Algabeño y con Pepe Belmonte. Tenía sus negocios y actividades al margen del toro. Pero... todos ellos hubo de abandonarlos un día requerido por el gran caballero don Alvaro Domecco, que por aquel entonces se disponía a emprender una magnífica labor en beneficio de la obra del Oratorio que tanto ha significado para los niños jerezanos.

—Alvaro es para mí, más que un amigo, un hermano. Me pidió mi colaboración y no se me pudo negar porque era muy hermoso lo que se proponía. Tuve que abandonarlo todo, para dedicarme íntegramente a arreglar los asuntos taurinos de Domecco. Pero estoy satisfecho, porque los propósitos de mi amigo se han cumplido, la obra benéfica está en marcha, y ello compensa de los pequeños sacrificios y sinsabores que se hayan padecido.

Charlamos en su casa, en una pequeña y acogedora habitación, en cuyas paredes las fotografías dedicadas, los carteles taurinos, y los certificados de la afición de don Alfonso Martínez.

—Una afición que es de siempre, porque ya comprenderá usted que con el Algabeño y Pepe Belmonte de compañeros de colegio tenemos que hablar de toros preferentemente. Un día, todos los chicos del colegio fuimos a un cine a ver un espectáculo de magia y magia. Fue un revolucionario y un previsor. Por ello, le admiré cuando estaba en

—Eso tendrá una explicación. La explicación de que ha sido un creador. Nada menos que el creador del toro actual. El fue el que primero se arrimó hasta donde no lo había hecho nadie, el que temió y mandó. Fue un revolucionario y un previsor. Por ello, le admiré cuando estaba en

los ruedos y le admiró ahora que está retirado de ellos.

—¡Y con aquellos toros!

—Con aquellos toros, que eran más peligrosos porque tenían menos casta que los actuales.

—Pues yo creía que...

—El toro ha evolucionado, y es más bravo y noble que antes. La prueba la tiene usted en que la proporción de animales fogueados es muchísimo menor que en otros tiempos. Para el torero, el manso es el difícil. Con el toro bravo, lo que pasa es que se arranca fuerte y hay que aguantarle. Ahí está el «quid». En esto de la bravura y la nobleza yo estoy seguro de que se ha mejorado mucho.

—¿Dónde se desarrolló más su afición?

—En Sevilla, primero, y luego en Madrid. En Sevilla vi la primera corrida de toros con La Rosa, Joselito y Varelito. Poco después vi alternar a Varelito, Marcial, Granero y Chicuelo. Varelito recibió la cornada que le llevaría al sepulcro un mes después. A Granero le vi irse aquella tarde con un bello porvenir ante él. Sin embargo, Granero murió antes que Varelito, al ser cogido en Madrid pocos días después, en aquella tarde de tragedia, en que su carrera tan brillante quedó cortada en flor. Varelito, que era amigo de mi padre, me había regalado una faja rosa, que a mí me gustaba mucho. Como yo se la elogiara, se la quitó y me dijo: «Pues ya es tuya». La he llevado mucho tiempo, siempre que me ponía traje corto, y ahora la tengo guardada como un recuerdo de aquel torero tan valiente como buena persona.

—Y ese abanico que veo ahí es, sin duda, otro recuerdo.

—Es una reproducción del cartel de una corrida de Beneficencia en 1889. Los espadas, como puede leer, eran Lagartijo, Frascuelo, Ángel Pastor y Guerrita. También tengo el último cartel de la Plaza vieja de Madrid y el primero de la Monumental de las Ventas.

—¿Qué experiencias directas ha hecho usted de sus aficiones?

—Yo he montado a caballo desde muy pequeño, y montar en pleno campo y acosar a las reses ha sido siempre para mí el mejor deporte y el más grato entretenimiento. Pero también he toreado en tentaderos. En la placita de la Ciudad Lineal tomé parte en un festival que resultó muy bien, aunque la salida no fuera apoteósica. Figúrese que los coches que nos tenían que traer a Madrid habían desaparecido, porque los chóferes se habían cansado de esperar, o, tal vez, porque nos quisieran gastar una broma. El caso es que Manolo Morán, Sáenz de Heredia, otros amigos y yo tuvimos que volver a pie hasta las Ventas.

—No es demasiado dramático.

—Es que no le he dicho que como lo que habíamos constituido era una cuadrilla cómica, íbamos disfrazados. Morán estaba vestido de niño llorón; Sáenz de Heredia, de



«Charlot»... En fin, ya se puede suponer la escolta de chiquillos que nos acompañaba. Además, yo llevaba un puntazo en la ingle porque nos habían soltado una vaca toreada. ¡Otra bromita!

—Sí que fue una tarde divertida.

—¡Hombre! La verdad es que en aquella ocasión no nos hizo mucha gracia la cosa; pero ahora, cada vez que lo recordamos, sí que nos reímos.

—¿A qué clase de localidad le gusta ir?

—Generalmente voy, en Madrid, al tendido 9. Pero también estoy mucho entre barreras, desde que me ocupo de los asuntos de Alvaro. No les puedo llamar los negocios porque ya es sabido por qué torea Domecco. Sus fines son absolutamente altruistas, y aunque quizá no esté bien que yo lo diga, es lo cierto que su única preocupación en esta vida es la de proteger al desvalido y hacer el bien allí por donde pasa.

—Estamos seguros de ello. Y ahora díganos si es usted «torista» o «torerista».

—Torista. Yo siempre soy partidario del toro, que es eje y base de la fiesta.

—Y después de Belmonte, puesto que ya está retirado, ¿a qué torero admira actualmente?

—Para mí, el que tiene más mérito es Manolete, que es el que está más cerca y el que ha estructurado hasta el máximo aquel toro que trajo Juan.

—¿Cuántas corridas toreará esta temporada don Alvaro?

—Alrededor de las cincuenta. A los caballos les esperan cerca de 50.000 kilómetros de ferrocarril. Los mismos que han recorrido en las anteriores campañas. Los beneficios de este año permitirán dar cima a la obra del Oratorio de Jerez.

—¿Y después?

—Después, el viaje a América. Alvaro va a ir allí para iniciar otra gran obra altruista...

La tarde de lluvia alarga la conversación; pero ésta se desvía ya por derroteros que nada tienen que ver con la fiesta, y por ello —como es norma decir en estos casos— ponemos aquí punto final.

DE TIEMPOS PASADOS

LAGARTIJO HIZO UN QUITE DESDE UN PALCO

ENTRE las muchas curiosidades que la fortuna pone en mis manos, hay una que por su singularidad, creo que merece mencionarse.

Es cosa rara que en una corrida de toros se pueda hacer un quite desde un palco de la Plaza; pero el caso es más interesante si el que lo realiza es un lidiador de la fama y celebridad del gran Califa cordobés.

Debo esta noticia a la bondad de mi viejo amigo, el excelente médico, don Fernando González de Canales, residente hoy en Nerja (Málaga). Aficionado tan constante como inteligente, conserva recuerdos dignos de relatarse. Y uno de ellos es el que voy a referir.

Se celebraba en Córdoba la primera corrida de la feria el 25 de mayo de 1894. El cartel era de primera calidad, porque alternaban el desgraciado diestro sevillano Manuel García, Espartero, Luis Mazzantini y Rafael Guerra, Guerrita. Vestían, respectivamente, atuendo con bordados de oro en los colores verde, azul y tabaco.

La fiesta fué loca y afortunada. Exceptuando al Espartero, que, aunque toreó bien, lo hizo desganado y sin entusiasmo, acaso presintiendo misteriosamente su trágico y próximo fin, a sus dos compañeros les acompañó la suerte sin tasa. Guerrita, en su último toro, fué cogido y volteado al poner un magnífico par de banderillas; pero, afortunadamente, sin consecuencias desagradables.

Unos momentos antes de comenzar el festejo apareció en un palco Lagartijo, retirado ya de la profesión desde el año anterior. El público le recibió con una formidable ovación. Se le notaba muy emocionado. Era la primera feria en que no actuaba, y debió sentir la nostalgia de los días gloriosos en que enloquecía a las multitudes. En realidad, el tránsito de la vida activa del torero popular y afamado, a la totalmente pasiva, debe ser muy doloroso. El cesar el riesgo del morir en el redondel, seguramente no compensa la privación de los aplausos clamorosos y del frenético entusiasmo del público. Lo que sentirán, sólo ellos lo saben, y por mucho esfuerzo que pongan en referirlo, no podrían explicarlo. La embriaguez que se apodera del hombre en esas horas de gloria, no hay palabras que puedan describirla.

Juan Molina, hermano de Rafael, que, al retirarse éste, pasó a formar parte de la cuadrilla de Mazzantini, trabajaba aquel día. Era un peón sin parigual. Como banderillero cumplía bien, pero no resaltaba su labor. En cambio, con la capa no tenía rival, en lo que concierne a ayudar al maestro. A Rafael le prestó servicios inapreciables en momentos en que con la muleta no se puede hacer lo que con eficacia realiza el capote en manos de quien sabe la lidia que es preciso darle a las reses. Era, en suma, una garantía para el matador. Por eso, apenas se retiró Lagartijo se lo llevó a su fado Mazzantini. Habría sido un gran espada, pero el ser zurdo se lo impidió.

La tarde a que me he referido, al salir de haber clavado un par de rehiletes, el toro, que tenía muchos pies, le persiguió con codicia, y, a pesar de las poderosas facultades de Juan, se veía que le alcanzaba. El público quedó un momento en silencio, impresionado por el peligro que corría el diestro, y cuando éste estaba ya casi cogido, se escuchó una voz recia, estentórea, desesperada, que dijo en tono imperativo: "¡Tírate al suelo!". Conoció quien así le mandaba, y sin vacilar se tendió sobre la arena, y el astado, que iba en su carrera con la celeridad de un proyectil, saltó por encima del banderillero, y los demás peones, muy prestos, se llevaron al toro al otro extremo del ruedo. La voz la había pronunciado Lagartijo desde su palco. El conocimiento que poseía de las condiciones de las reses le inspiró que no había más medio de salvarse que arrojándose al suelo, y Juan, que tenía una fe ciega en su hermano y conoció que era él quien le mandaba, obedeció sin vacilar, con lo que se libró de una tremenda cogida.



Rafael Molina, Lagartijo

Los espectadores, en pie, aplaudieron frenéticamente al veterano lidiador, y aquella ovación clamorosa fué mucho más unánime y entusiasta que la que le tributaron a los toreros actuantes.

Don Fernando González Canales tuvo la buena suerte de presenciar aquella escena tan emocionante.

Yo, que solía concurrir a todas las ferias de Córdoba, no fui aquel año, porque coincidió con las fiestas del Corpus en Granada. Por eso, me vi privado de un espectáculo que acaso no tenga igual en la historia de la tauromaquia.

Como he creído que se trataba de episodio muy curioso, lo ofrezco a los lectores de EL RUEDO.—NATALIO RIVAS

(De la Real Academia de la Historia.)



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

EL TORO DE LOS MOZOS

ENTRE todas las estampas que en esta vieja sección hemos dado, quizá sea ésta, la de hoy, la que más rancio sabor tenga y de la que menos vestigios queden en esos pueblos de España.

Es el toro que los mozos pagaban, para poder, así, cuando iban en sus postrimerías las fiestas, demostrar todos la enjundia torera y su valor espartano.

Porque verdadero desprecio al trompicón había de tener el que, al final de un largo rosario de mantazos, tenía que enfrentarse, espada en mano, con aquel becerro que, receloso, no embestia ya si no probaba una y otra vez hasta acertar con el bulto seguro.

Sin embargo, ahí está la fotografía. Es en Tórril, un pueblecito cercano a Madrid, y ahí está el elegido por la fortuna para despachar al torillo y poder luego pre-

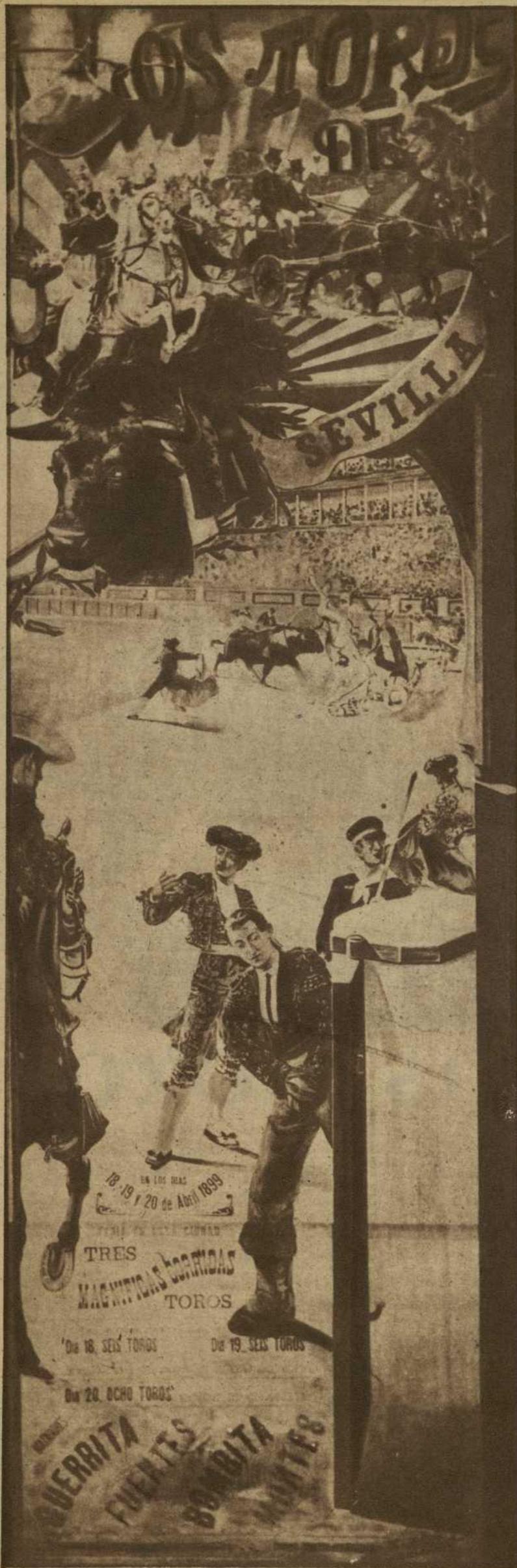
sumir y hasta dejarse su poquito de coleta, con el fin de que a la próxima temporada se le tome más en serio y se le anuncie en los carteles con letras de mayor tamaño.

Ahí está en pleno sabor de capea, con los mozos haciéndole un estrecho corro, entrando a matar con cierto arte no despreciable, sobre todo si se tiene en cuenta cómo anda ahora ese sufrido tercio. Ahí están los atrevidos en primera fila, los que desprecian el achuchón y al día siguiente enseñarán los cardenales como signo de heroísmo. Otros, dudan y tienen —aun en primera línea— la huida preparada, el camino libre hasta el lugar

seguro. Los más se contentan con asomar la cabeza desde la última fila del corro; pero aun así, al otro día,

ellos enseñarán la fotografía y se señalarán entre todos, mientras se sonrien, como si aquello fuera una hazaña digna del Espartero.





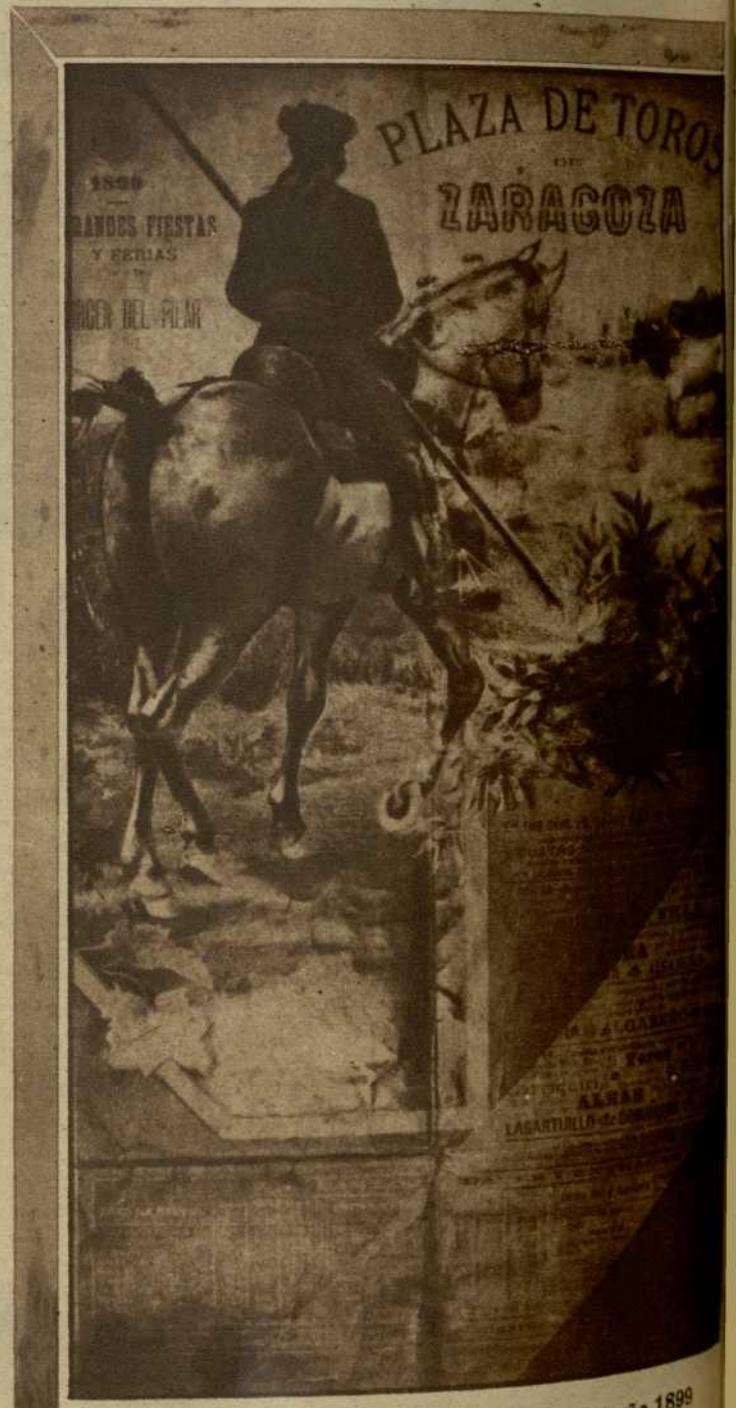
**HACE CIENTO OCHENTA
Y CINCO AÑOS
QUE APARECIERON
LOS CARTELES DE TOROS**

El público siempre se ha fijado mucho en los carteles de toros. No se olvide que si el toreo ofrece, hasta el siglo XVIII, una historia fragmentaria en demasía, episódica, ello se debe a que el cartel de toros no aparece hasta 1761, fecha importantísima para los anales taurómicos, porque desde entonces puede seguirse paso a paso su desenvolvimiento y evolución. Y es tan rápida la comprensión de su importancia por parte de las empresas y los toreros, que a los pocos años de editarse los primeros carteles ya aparece regularizada su publicación, y no sólo para anunciar las corridas de toros, sino hasta las de novillos, y surgen llenos de color, como un auténtico grito de llamada, a la vez que en las grandes poblaciones y Plazas, en las más pequeñas y las de menor importancia.

La aparición, en 1761, de los carteles de toros está probada por las cuentas de la Real Maestranza de Sevilla, donde aparecen en unas partidas que justifican la impre-

sión de boletines. Y después, en 1763, ya un escritor logró, para sus estudios sobre el toreo, fotografiar el cartel del día de la inauguración de temporada en Sevilla. En cuanto a Madrid, no conocemos quién haya dado noticias de sus carteles de toros anteriores a los de 1765. Por cierto que resulta curioso apreciar que cuando se ven los primeros carteles de toros es en los momentos de la aparición magnífica del toreo a pie, sostenido con sobresaliente alarde por Costillares, Romero y Pepe-Hillo, y desarrollado con perfeccionamiento tan extraordinario por Costillares y Romero, que entonces cuaja la forma artística de realizar las suertes.

Difícil ha sido siempre, desde luego, para los pinceles, el dejar en colores la impresión de nuestra fiesta. Nunca fué sencillo para el artista el toro, y menos en la Plaza. Porque no basta captar su presencia en el ruedo, sino «su esencia». Diríamos mejor «su símbolo», que es donde estriba y late el arte del toreo. Pero aun más complejidad presenta el cartel de toros. Genéricamente del cartel al lienzo va mucha diferencia, tanto en



Cartel de la feria de Sevilla del año 1899. Figuran en él Guerrita, Fuentes, Bombita y Montes

Cartel de las fiestas del Pilar, en Zaragoza, del año 1899

COINCIDIERON CON LOS PRIMEROS MOMENTOS DEL TOREO A PIE

concepto como en intención y técnica; mas esto salta a la vista con fuerza impresionante en el toreo quizá como en ningún otro aspecto. Prueba de ello es que tenemos a un gran pintor como Sorolla, según testimonio propio, incapaz de terminar la pintura de un toro en la lidia. Si grande en todo fué este artista, hasta en este detalle de su honradez profesional lo muestra y demuestra. Sin embargo, llenaron tiendas, calles y bares, barberías y esquinas, grandes tiras policromas del mejor gusto, origi-

nales de Jenaro Palau, Romero Orozco, Cecilio Pla, José Bermejo, Abelardo Cantó, Enrique Pertegás, José García Quijo, Vicente Borrás, Sanchis Bolós, Ruano Llopis... También es aspecto interesantísimo de los carteles de toros su impresión y su composición. En esto y en aquello han sufrido lógicamente una curiosa evolución. Desde los primitivos carteles, confeccionados con tipos de caja, hasta los modernos, tirados con once tintas, después de pasar por los editados en máquina plana y en «Offset»

con plancha de cinc, encontramos una diversidad de curioso valor, porque el conjunto de carteles reflejan con expresión que entra por los ojos, la perfección conseguida, año tras año, por el arte de imprimir en España. Y últimamente, hábiles y anónimos artistas reproducen a todo color los atrayentes alardes impresionistas, brillantes de tintas, y especiales en sus trazos, de Juan Reus, continuador de una trayectoria última marcada con personalidad excepcional por Ruano Llopis, y que mantuvo Roberto Domingo a la altura que exigían aquellas suertes de la lidia, vigorosas de trazo, sintéticas de técnica, inmortalizadas con pinceladas fuertes, decididas y precisas, por Ruano, al iluminar los modernos derroteros de la composición de los carteles.

Y ahora que se cumplen los ciento ochenta y cinco años de la aparición de ellos, es dato curioso registrar el descubrimiento de unos coleccionistas que, para enriquecer sus colecciones, buscan carteles y los mandan tirar en seda, llenando con ellos las paredes de su casa.

RAFAEL DE URBANO



Pastor, Gallito, Cocherito y Manolete, figuran en este cartel de la Plaza de Madrid del año 1912

TOROS.
MAÑANA.

DE TOROS,

el año 1840 en que Francisco
mano a mano seis toros

Cartel de Jenaro Palau, Romero Orozco, Cecilio Pla, José Bermejo, Abelardo Cantó, Enrique Pertegás, José García Quijo, Vicente Borrás, Sanchis Bolós, Ruano Llopis... También es aspecto interesantísimo de los carteles de toros su impresión y su composición. En esto y en aquello han sufrido lógicamente una curiosa evolución. Desde los primitivos carteles, confeccionados con tipos de caja, hasta los modernos, tirados con once tintas, después de pasar por los editados en máquina plana y en «Offset»



Cartel de Pascua de 1911. Plaza de Vista Alegre

EL PLANETA DE LOS TOROS

EL SINMONTERISMO

réis quitaros la montera a menudo, tenéis un medio: torear bien, arrancar ovaciones, y así, montera en mano, tendréis dos satisfacciones: la del triunfo y la de la cabeza libre de agobios monteriles. Pero, por lo demás, la montera en su sitio, y si da calor, paciencia, que por el sudor se eliminan toxinas.

La montera armoniza la figura del torero. El traje de luces es perfecto. La montera, también. Al torear, la montera juega su papel. Consideremos que es el remate airoso y bello de un conjunto tan complicado y difícil como es el atuendo torero. Un remate indispensable, porque el pelo únicamente cuando se alborota rima y encaja en la plástica del pase o del lance. Y, en verdad, ahora vemos pocas cabelletas toreras en desorden. O una de dos: o los fijadores que se untan en el pelo son muy buenos o los toreros no se descomponen y torear como quien tira líneas en un tablero de dibujo. Desde luego, me inclino por lo de las líneas, y créanme los toreritos: aunque su pelo sea ese ondulado tan del gusto de las damiselas decadentes, cuando se torea de verdad no hay más remedio que despeinarse, así se hayan dado sindetikón en lugar de gomina, y este desajuste capilar, al ser consecuencia de una emoción y de una lucha, prende en los tendidos y los alborota también, que es de lo que se trata siempre en el toreo.

Coadyuvemos todos a que esto del sinmonterismo no se extienda. Soporten los toreritos las monteras, que asimismo los aficionados les soportamos a ellos muchas tardes. Intente de nuevo algún otro espada el torear de muleta enmonterado, y si ve la cosa fácil y va a entrar a matar en corto y por derecho, acuérdesese de arrojar la montera, más que brindis al público, ofrenda al toro, enemigo noble que va a morir fulminado por el coraje del hombre. Y cuente con mi aplauso, que suena mucho, no por ser mío, sino porque fui de la claqué del teatro Real.

ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



pele de brindis que el hombre se iba a jugar al albur de la estocada! Y que era muy bonito el tal gesto y siempre

arrancaba aplausos. Por lo visto, los espectadores actuales no opinan lo mismo, y acostumbrados al sinsombrerismo, se molestan porque un torero, en uso de su derecho, torea de muleta con la montera calada. Si uno tuviera autoridad, yo les amonestaría cariñosamente a esos equivocados espectadores. El sinsombrerismo está bien en el verano; ahora, el sinmonterismo no está ni medio regular ni en la feria valenciana, que es la más calurosa de España.

Y no se me alegue que estos son detallitos sin importancia que en nada perjudican ni influyen en la fiesta. Influyen, y perniciosamente. Algunos de estos toreritos jóvenes, deshabituados al uso del sombrero, la montera les molesta y están deseando quitársela, hasta el punto de que en cuanto tocan a banderillas y llegan a la barrera, antes de beber el buchito de agua que refresque la sequedad del miedo, se destocan. Y algunos, hasta les vi el año pasado lancear en los quites sin montera. Y esto no, jóvenes toreritos; si que-



Arriba, Machaquito, y abajo, el Gallo, toreado de muleta con la montera puesta

Me han contado —porque yo no lo presencié— que en una de las novilladas inaugurales de la temporada madrileña la gente chilló a uno de los espadas porque se dispuso a torear de muleta y matar a su segundo toro con la montera puesta. No me extraña, porque no olvido que vivimos en la época del sinsombrerismo. Pero una cosa es el sinsombrerismo y otra el sinmonterismo. ¡Cuántas veces los que aun no somos del todo viejos hemos presenciado faenas de toreros con la montera en su sitio, que es la cabeza! ¡Cuántas veces el matador, perfilado para entrar a matar, echaba con gesto enérgico la cabeza atrás para desprenderse de la montera, indicando con esta es-

BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



C.S. nº 7327.

CADA SIETE DIAS,
UNA VARA

¡AGUA VA!



La verdad es que no podemos decir que la temporada haya empezado muy bien. Las Plazas aparecen, un domingo tras otro, a media en-

trada cuando más, y cada lunes y cada martes llegan voces que vienen aún con el polvo del camino, trayendo la infausta nueva: se han perdido aquí setenta mil pesetas; en el otro lado, cuarenta mil; más allá, cien mil; mientras en el otro lugar han tenido que suspender porque únicamente habían sacado entrada un matrimonio que pasaba por allí en viaje de novios.

Y esto no puede ser. Así no vamos a ninguna parte.

Porque lo peor es que encima de todos los males que este año aquejan a la fiesta nacional, hay que añadir otro irremediable.

Es decir, que no tenemos facilidades para evitarlo: la lluvia.

Y como no deja de llover...

Pero lo que dice un amigo nuestro, muy aficionado a los toros: «Lo malo es que llueve sobre mojado»...

¡Para la SOMBRA y el SOL!



LOS TOROS DESDE LA CALLE

La crónica o crítica de las corridas de toros hecha desde el tendido es una función específica que cabe a los escritores taurinos, porque, como en todo espectáculo público, la masa necesita mentores que la guíen y preceptores que la aconsejen. De nada servirá el propio criterio del espectador si su opinión no la ve confirmada por la apreciación coincidente del periodista, del crítico, lanzada desde las columnas de su periódico. Entonces, aquél podrá decir con aires de suficiencia: «¿Eh? ¡Lo mismo que yo pensaba! ¿Lo ven ustedes?»

Pero aquí no se trata ahora de eso. El espectáculo, rutilante, alado y muchas veces trágico, de las corridas de toros tiene múltiples facetas, no ya en su agafador, que directamente hiere la retina de quien lo presencia, sino que cala muy hondo en la sensibilidad de aquellos que no tuvieron la fortuna —por escasez de numerario u otras causas— de penetrar en el gran recinto de las emociones taurómacas. Y se quedan en la calle. Y desde la calle van pulsando y recogiendo con exactitud matemática las vibraciones, el hábito caliente de la fiesta. El golfillo no se resigna con las referencias acústicas que borbotan en la olla gigantesca de la Plaza y quiere más: sirviéndose de las aristas del edificio mudéjar, trepa por ellas con agilidad de ardilla para, en aras de su afición ciega, ir a caer muchas veces en los brazos de un agente de la autoridad. El menestral pacífico, pero gran aficionado, arrastra pausadamente su penuria y su afición hasta dar con su morriña —a la hora precisa en que suenan los clarines anunciando la salida del primer cornúpeto— en los alledaños del circo. Sabe perfectamente quiénes torearán, de qué ganadero son los toros y qué peones lleva cada matador. El hubiera comprado su localidad; pero, ¡señor, están tan caras! Y como tiene reloj, se resigna. Por la hora va cronometrando todos los tercios. En este momento, los lances de capa. Por los oles que se escuchan sabe que el torero se ha ceñido y se ha parado con el toro, y una ovación cerrada, estruendosa, le dice que la suerte ha terminado con esa clásica media verónica que viene a ser, sobre el albero de la Plaza, la firma del diestro, lo que acusa su personalidad. El corazón y el reloj del aficionado que se quedó en la calle laten al unísono. Ahora, la suerte de varas, porque se oyen protestas. Son las seis y diez. En este instante están poniendo banderillas... ¡Qué torerazo es ese Rivera!

—¿Torero ese Rivera?—dice una vieja recompuesta, que también se propiamente «ver» los toros desde la calle, como tantos—. Pero, ¿usted no se ha dado cuenta de que no se oye nada?

—¿Que no se oye nada?

—Claro que no. Yo soy una abonada «al tendido diez de los alrededores de la Plaza» desde hace muchos años, y sé de toros más que nadie. ¡Ya le contaré, ya le contaré! Y no he visto una corrida en mi vida; pero «las he oído todas». ¡Esos silencios abrumadores! ¡Esos gritos de entusiasmo que de pronto rompen la tranquilidad de la tarde! ¡Esos ayes de espanto que anuncian la tragedia! Créalo usted: desde ninguna parte se percibe tan bien como desde aquí la grandiosidad del espectáculo taurino. Son las ondas las que nos traen la emoción; ellas nos dicen, con su silencio o su algarabía trepidante, qué toreros han estado mal y cuáles bien, qué toros han sido bravos o mansos... ¿Usted no ha sentido ganas de gritar muchas veces: «¡Viva el alcalde!», ante las detonaciones de las banderillas de fuego?

—La verdad es que sí; pero me gusta más ver los toros desde un tendido o desde una andanada...

—¡Bah! Desde la calle también tiene emoción esta fiesta. Y muchas ventajas. Como se ha suspendido la corrida por humedad, ahora tendríamos que ir a hacer cola en la taquilla para que nos devolvieran el dinero. Y ya usted ve. Estamos libres de esa molestia. Como todos estos, que han pagado la misma localidad que nosotros.

—Creo que tiene usted razón; pero...

—Ya hablaremos otro día. Nos encontraremos aquí, ¿verdad?

—¿Quién sabe! A lo mejor, es posible. Pero no olvide que esta temporada está lloviendo mucho sobre mojado.

En efecto: a la olla gigantesca de la Plaza de Toros, la tarde del domingo último, una vez más, se le apagó el fuego. —MIGUEL RODENAS.

UNA ANECDOTA A
LA SEMANA

UN PAR AL QUIEBRO

El espada Manuel Nieto Gorete, de regreso de unas corridas que acababa de lidiar en Sevilla, se encontró en



las calles de la capital a cierto amigo que, al parecer, andaba en situación monetaria bastante lastimosa.

Hubo los saludos consiguientes y las preguntas de rigor.

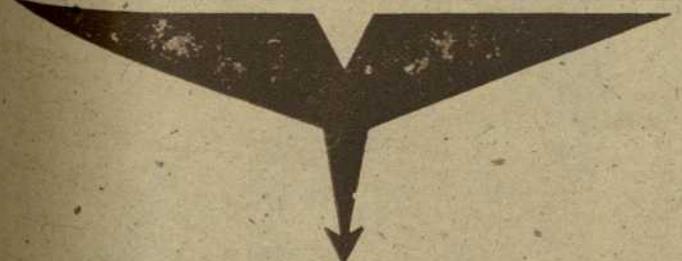
—¿Y tú, cómo vas?—preguntó Gorete.

—Pues muy mal, hijo. ¡Quebré!

Y Gorete, al quite, viéndose venir el sablazo consiguiente, dijo con grandes voces y fingida satisfacción:

—¡Hombre, me alegro! ¡Vaya una ovación que te darian, chico!

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150



Y
RACHARNUDO

Inocente
es el vino para copiar

VALDESPINO JEREZ



Antonio Bienvenida toreando a la verónica al cuarto toro, al que cortó la oreja

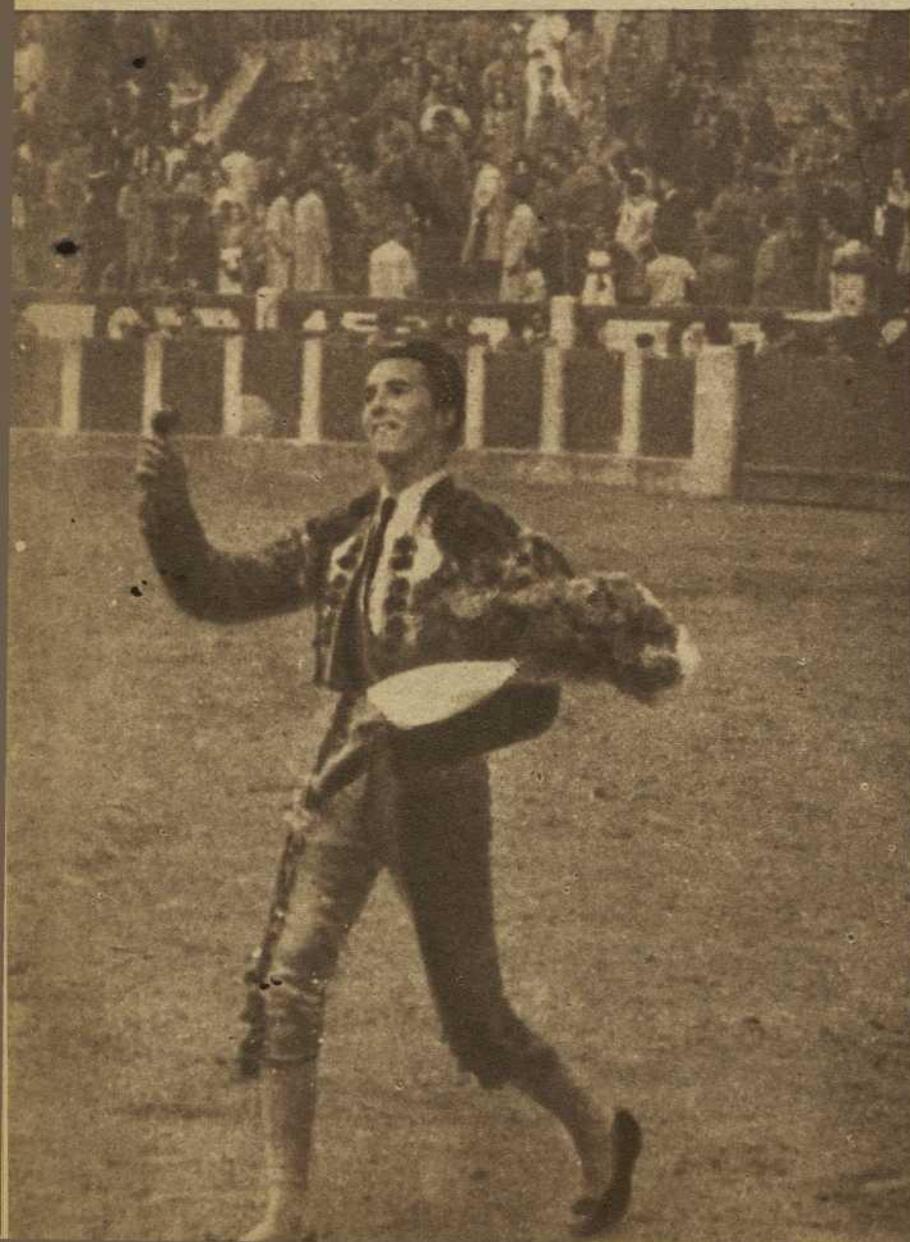


Antonio Bienvenida da la vuelta al ruedo entre aplausos, después de cortar la oreja a su segundo

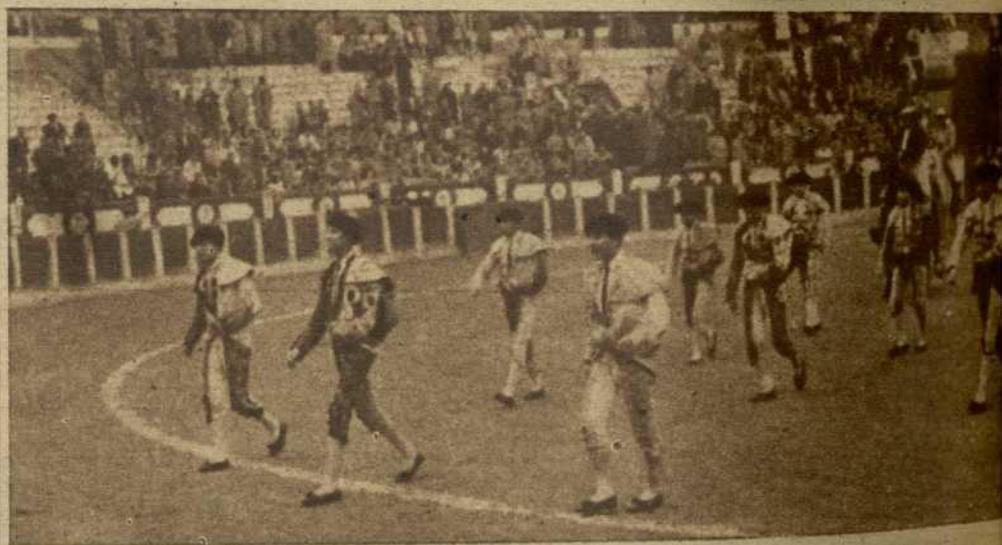
FERIA DE PRIMAVERA EN VALLADOLID

ANTONIO BIENVENIDA y PEPE y LUIS MIGUEL DOMINGUIN

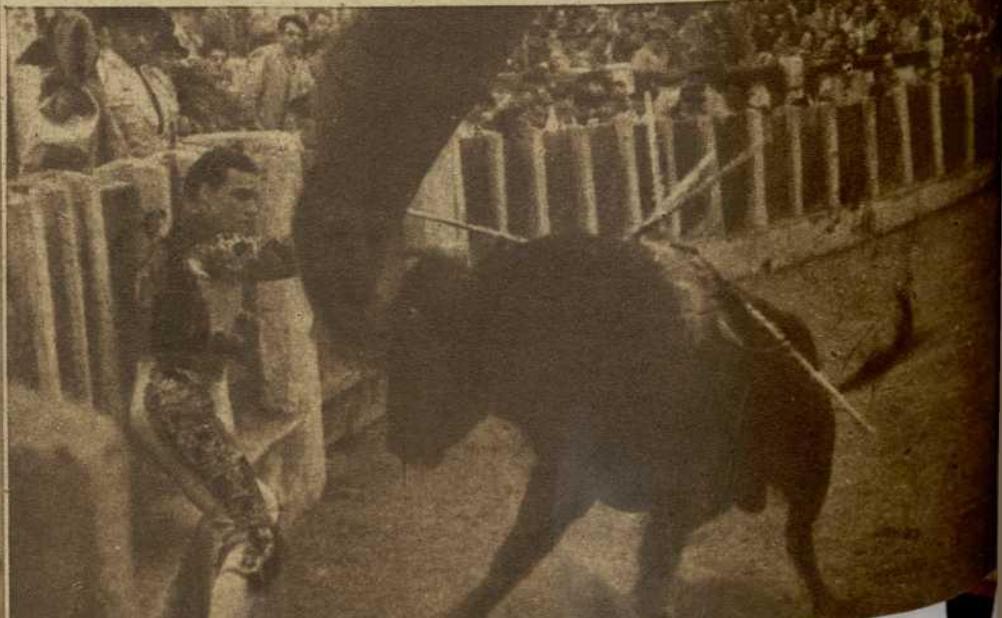
Luis Miguel Dominguin, con la oreja que cortó al sexto toro, da la vuelta al ruedo entre ovaciones



Pepe y Luis Miguel Dominguin y Antonio Bienvenida, al frente de sus cuadrillas, hacen el paseillo el domingo en Valladolid



Pepe Dominguin al iniciar la faena de su primer toro, en el que dió la vuelta al ruedo (Fotos Cacho)



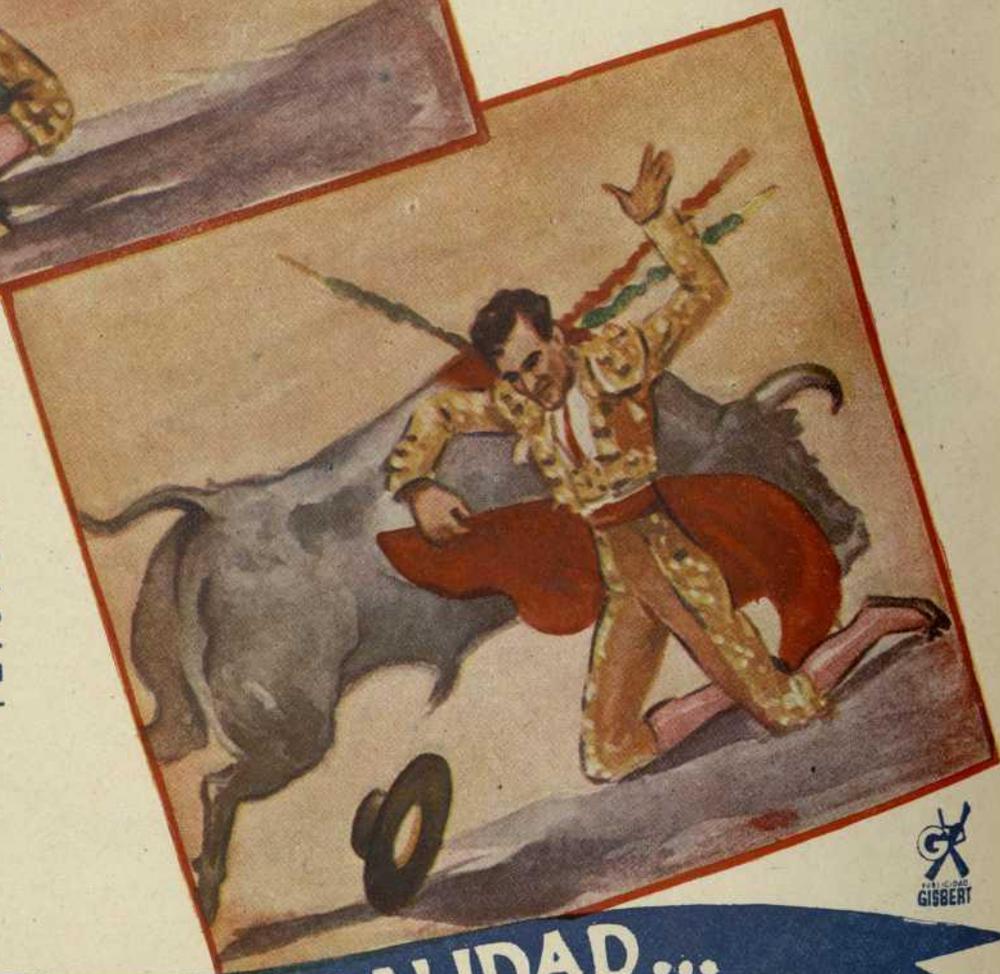


AAVEDRA

SUERTES DEL TOREO

MOLINETE DE RODILLAS

EL FUNDADOR ...Y SUS SEGUIDORES



Se anunciaba en la Prensa, en la segunda década del siglo. Un novillero bilbaíno, Alejandro Sáez, "Ale", bajito, gordo y recio, dió en nuestra plaza vieja el primer molinete de rodillas, rubricado con la correspondiente voltereta. Repetidos lance y percance, "Ale" renunció a la práctica de la suerte

El mejicano Carlos Arruza ha resucitado el molinete de rodillas, quintaesenciando la emoción, pero imprimiendola su ejecución la seguridad de su perfecto dominio

...Y PARA CALIDAD...

COÑAC FUNDADOR

DOMEQCO